

VOLUMEN

19

Antonio José de Sucre

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Alberto Silva Aristeguieta



EL NACIONAL



BANCO DEL CARIBE

Alberto Silva Aristeguieta

Nació en Caracas, en 1947. Vivió su infancia en Cumaná. Ingeniero Civil por la Universidad Central de Venezuela, con estudios de postgrado en esa misma universidad, la Universidad de Florida (Estados Unidos) y la Universidad de Almería (España).

Ha publicado dos libros de biografías, *Sucre y Andrés Eloy Blanco* (Contraloría General de la República), y una *Breve Historia de América Latina* (Universidad Metropolitana). También ha escrito seis libros sobre temas administrativos: *Introducción a la Gerencia Pública y Pequeño Manual de Auditoría de Estado* (Contraloría General de la República), *¿Qué es la Gerencia de Empresas?* (Editorial Panapo), *Gerencia de Proyectos, Gerencia de Innovación y Capital Social en la Empresa* (Universidad Metropolitana).

Ha desempeñado importantes actividades gerenciales tanto en el sector privado como en el público. Ha sido Vicepresidente del Instituto Nacional de Puertos, Jefe de la Oficina Ministerial de Programación y Presupuesto en el Ministerio de Transporte y Comunicaciones, Gerente de Proyectos Mayores en Nouel Ingenieros C.A., Director General de Sistemas Electorales en el Consejo Supremo Electoral, Director de Otepi Consultores S.A. y Presidente de su empresa filial Consultores Ambientales OTEC S.A. y Asesor de Ingeniería de Consulta Incostas S. A. Fue Director de la Cámara Venezolana de Empresas Consultoras (CAVECON) y Presidente de la Sociedad Venezolana de Ingeniería Hidráulica. En la Contraloría General de la República ocupó diversas posiciones directivas hasta ser designado Subcontralor. Fue profesor en la Universidad Central de Venezuela y en la Universidad Católica Andrés Bello y actualmente es profesor titular en la Universidad Metropolitana, donde coordina el programa de Maestría en Administración, mención Gerencia de Empresas.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Antonio José **de Sucre**

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela 2010

Antonio José de Sucre

(1795-1830)

Alberto Silva Aristeguieta

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Asistente Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejano

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Sergio Dahbar

Asesor Editorial: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos:

Astrid Martínez

Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Archivo El Nacional (p. 9) y Biblioteca Nacional
(portada)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica
Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional,
no se hacen responsables de los puntos de vista expresados
por los autores.

Depósito legal: If7892005920115.13

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-6915-68-2

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

La familia



Antonio José de Sucre fue el séptimo hijo de Vicente de Sucre y María Manuela de Alcalá. Los Sucre y los Alcalá, familias muy distinguidas de la sociedad cumanesa, diferían mucho en sus orígenes y en las cualidades de sus miembros. Estas diferencias se complementarían en Antonio José para dar lugar a una de las personalidades más interesantes de la historia de América.

Los Sucre, cuyos antepasados fueron prominentes nobles, provenían del norte de Francia, una región considerada entonces como parte de Flandes, y los Alcalá de Málaga, en España. Los flamencos fueron gobernados por los españoles y, al igual que éstos, son de origen céltico y estuvieron bajo el dominio romano; sin embargo, su diferente ubicación geográfica les impuso rasgos culturales distintos. Los flamencos recibieron mayor influencia de los pueblos de Europa del Norte por lo que, en general, son más adustos y disciplinados. Los españoles, por su parte, tuvieron mayor contacto con fenicios, griegos y musulmanes; por lo tanto, suelen ser más bulliciosos y díscolos.

Antonio José de Sucre se caracterizaría por su austeridad y férreo sentido del orden, lo que permitiría asemejar su conducta a la de un individuo del temperamento nórdico. Sin embargo, la sangre españo-

la se revelaría en un carácter apasionado, terco e irascible del que daría muestras en más de una ocasión.

Los hombres de la familia Sucre fueron casi todos militares. Algunos hombres de la familia Alcalá también fueron militarés, pero en general los miembros de esta familia se distinguieron por su espiritualidad y vocación humanitaria. La combinación de ambos aspectos en Antonio José de Sucre haría de éste un orgulloso y eficiente soldado, pero dotado de gran generosidad y solidaridad humana.

Carlos Adrián de Sucre y d' Ives, tatarabuelo de Antonio José de Sucre, nació en Preux (Flandes) en 1637 y fue barón y marqués de Preux, y de Noyela. Su hijo, bisabuelo de Antonio José, Carlos Francisco de Sucre y Pardo, nació en la misma ciudad que su padre, en 1668.

Por iniciativa de Jorge Sucre Castillo y de otros descendientes de hermanos de Antonio José de Sucre, se levantó en Preux au Bois, en el norte de Francia, lugar de origen de los Sucre, el primer monumento para Antonio José de Sucre en Europa. El monumento, un busto de bronce del Mariscal Sucre, fue inaugurado el 15 de octubre de 1995. En sus palabras en el acto de inauguración, Jorge Sucre dijo:

“Este sencillo acto tiene una gran significación. En cierta forma, se completa un círculo. Hoy regresa en bronce, para quedarse definitivamente en este bello lugar un descendiente de la familia Sucre que, hace trescientos años, habitaba esta bella región y cuyos antepasados desempeñaron actividades de significativa importancia en diferentes localidades y antiguos señoríos”

(ANH, 2000: 148)

Sucre y Pardo fue un militar al servicio de la corona española, combatió al mando de su padre en Italia y alcanzó el grado de Coronel de Infantería en Europa. En 1709 fue enviado a América, primero a Cartagena de Indias y luego a Cuba, como Gobernador y Capitán General.

En Cuba nació en 1723 Antonio de Sucre y Trelles, abuelo de Antonio José. Sucre y Trelles se fue muy joven de Cuba a Venezuela, acompañando a su padre Carlos Francisco de Sucre y Pardo, quien había

sido designado Gobernador y Capitán General de las provincias de Nueva Andalucía y Guayana. Como dato curioso, tanto Carlos Francisco de Sucre y Pardo como su nieto Vicente de Sucre y Urbaneja y su bisnieto Antonio José de Sucre y Alcalá, ejercieron el cargo de Gobernador de Guayana.

En 1733 llegaron los Sucre a Venezuela, estableciéndose en Cumaná. Carlos Francisco de Sucre y Pardo, ya un veterano militar, construyó fortificaciones, mejoró la organización de las provincias a su cargo, fundó a Aragua de Barcelona y reorganizó el ejército. Sus hijos, entre ellos Antonio de Sucre y Trelles, que llegó al grado de Coronel, continuaron con la tradición militar de la familia. Su nieto, Vicente de Sucre y Urbaneja, hijo de Antonio de Sucre y Trelles y padre de Antonio José, alcanzaría el grado de Coronel y ejercería los cargos de Régidor y Alcalde de Cumaná, Comandante del cuerpo de cadetes de Cumaná, miembro de la Junta Suprema de Gobierno de Cumaná, Gobernador de las fortalezas de Guayana la Vieja y Comandante Militar del departamento del bajo Orinoco.

Los Alcalá llegaron a Cumaná a mediados del siglo XVII, ochenta años antes que los Sucre. Allí se emparentarían con descendientes de Diego Fernández de Serpa, primer Gobernador de la provincia de Cumaná, designado para ejercer ese cargo en 1568. Juan Alcalá, el primero en establecerse en Cumaná, su hijo Pedro y el hijo de éste, Diego Antonio, bisabuelo de Antonio José, fueron militares. Sin embargo, la historia reconoce como los miembros más destacados de la familia a María de Alcalá Rendón, tía abuela de Antonio José, y al primo de ésta, el sacerdote Antonio Patricio de Alcalá.

María de Alcalá Rendón, hija del capitán Diego Antonio de Alcalá y de Isabel María Rendón Sarmiento, fue la fundadora de la primera escuela pública de Cumaná, en 1778. Viuda, sin hijos, y poseedora de una cuantiosa fortuna heredada de su padre, utilizó su dinero para costear el funcionamiento de esa escuela, destinada a la educación de niños cuyas familias no contaban con suficientes recursos.

Antonio Patricio de Alcalá Centeno, hijo de Juan Antonio de Alcalá y de Luisa Centeno, fue sacerdote y escritor. Se desempeñó, sucesivamente, como Capellán de la guarnición del castillo de Araya, Cura del pueblo de Río Caribe, Párroco de Cumaná, Vicario Superintendente de los Anexos Ultramarinos del Obispado de Puerto Rico y Tesorero, Chantre y Arcediano de la Catedral de Caracas. Albacea testamentario de su prima María Alcalá Rendón, el arcediano Alcalá, como se le recordaría posteriormente, no sólo se ocupó de asegurar el buen funcionamiento de la escuela que ella había creado, sino que también fundó en Cumaná un hospital de caridad para alivio de los enfermos pobres; además, donó a los capuchinos una hacienda que poseía en las cercanías de Cumaná, a orillas del río Manzanares. Realizó investigaciones históricas sobre la ciudad de Cumaná y, en los últimos años de su vida, fue protector y guía de su pariente y ahijado Antonio José de Sucre.

Los Sucre y los Alcalá tomaron parte activa en el movimiento de independencia desde sus inicios. Vicente de Sucre y José Leonardo de Alcalá fueron miembros de la Junta Suprema de Gobierno de Cumaná, constituida el 15 de mayo de 1810. El coronel José Gabriel de Alcalá fue uno de los diputados cumaneses al Congreso de 1811 y, como tal, firmó el Acta de Independencia el 5 de julio de ese año.

Los hermanos de Antonio José de Sucre fueron José María, María Josefa, María Aguasanta, José Jerónimo, José Vicente, Pedro José, José Francisco y María Magdalena, del matrimonio de su padre Vicente de Sucre y Urbaneja con su madre María Manuela de Alcalá y Sánchez. Su madre murió en 1802 y su padre se volvió a casar en 1803, con Narcisa Márquez de Valenzuela y Alcalá. De este segundo matrimonio del coronel Vicente de Sucre, nacieron nueve hijos: Carlos, Ana María, Vicente, Josefa Margarita, José Manuel, Juan Manuel, María Manuela, María Magdalena y María del Rosario.

José María, Jerónimo, Pedro y Francisco fueron militares y héroes de la independencia, como su hermano Antonio José. Tanto ellos como sus demás hermanos y familiares padecieron los rigores de la guerra. Pedro y Francisco fueron fusilados en 1814 y 1817, respectivamente.

Vicente y Magdalena Sucre y Alcalá murieron durante la toma de Cumaná por las hordas de Boves, el trágico día 16 de octubre de 1814. María Josefa y Aguasanta perecieron ahogadas navegando de La Habana a Saint Thomas, en 1821, mientras se encontraban en el exilio.

A pesar de la guerra y la distancia, Antonio José siempre se mantuvo informado sobre sus hermanos y se comunicó con ellos por cartas, generalmente por intermedio de Jerónimo. Cuando redactó su testamento, en 1829, incluyó a los ocho hermanos que aún vivían: José María, Jerónimo, Margarita, Manuela, José Manuel, Juan Manuel, Magdalena y Rosario.

La infancia **en Cumaná** (1795-1808)

Antonio José de Sucre nació en Cumaná el 3 de febrero de 1795. Aunque era todavía una pequeña ciudad, Cumaná se sentía orgullosa de su tradición de casi tres siglos y de su condición de primogénita del continente. Nadie podía sospechar entonces que ese hijo de Vicente de Sucre y María Manuela de Alcalá llegaría a convertirse en el nuevo orgullo de la ciudad. Aludiendo a la estatua ecuestre inaugurada en 1890 en honor del Gran Mariscal de Ayacucho y a la pretensión de muchos cumaneses, en algunos casos justificada, de considerarse descendientes de alguno de los hermanos de Antonio José, se acostumbraría decir en la ciudad: “En Cumaná, el que no es familia de Sucre es familia del caballo”.

Cumaná se desarrollaba a orillas del río Manzanares, a corta distancia de la desembocadura de éste en el Mar Caribe. La antigua ciudad estaba al pie de la colina coronada por el castillo de San Antonio de la Eminencia, única construcción de importancia, el cual se terminó de edificar en 1686. Las casas de las principales familias, todas bajas, se agrupaban alrededor del santuario de La Ermita, hoy templo de Santa Inés. En él fue bautizado Antonio José.

La partida de bautismo reza:

“En 20 días del mes de febrero de 1795, Yo, beneficiado cura castrense don Francisco Josef del Águila certifico que con mi licencia el presbítero doctor Josef Cándido Martínez puso óleo y crisma a Antonio Josef Francisco, hijo legítimo de don Vicente de Sucre, teniente de infantería, y de doña María Manuela Alcalá, el cual niño tenia diez y siete días de nacido; fueron padrinos el beneficiado don Patricio de Alcalá y doña Juana Jerónima Sánchez”

(Rumazo González, 1980: 5)

Sus padrinos, como consta en la fe de bautismo, fueron dos familiares: el sacerdote Antonio Patricio de Alcalá y Juana Jerónima Sánchez Vallenilla, su abuela materna.

La ciudad donde nace Antonio José ofrece interesantes contrastes geográficos. El clima de Cumaná es semiárido. El calor es intenso, pero moderado ligeramente por la influencia del río y de las brisas marinias. La vegetación, en general, está adaptada a las escasas precipitaciones y se caracteriza por la presencia de plantas espinosas, sobre todo en las cercanías de la costa. La aridez del clima contrasta, sin embargo, con hermosos paisajes marinos que causan gran admiración a los que visitan la zona.

Conocemos pocos datos sobre la infancia de Antonio José, aunque sabemos que ésta transcurría, como la vida de todo niño cumanés, entre la familia, el río Manzanares, el mar y los paseos a las fincas o “charas” cercanas, así como a la hacienda de su padre en Cachamau-re, cerca de Mariguitar. También sabemos, por las propias palabras de Sucre, que la infancia en Cumaná le dejaría recuerdos y sentimientos muy agradables. Antonio José aprendió a nadar bien pero no así a montar a caballo, como lo prueban diversos testimonios sobre su vida.

La ciudad ha estado sometida a violentos terremotos, siendo el de 1530 el primero del que se tiene recuerdo histórico. El 14 de diciembre de 1797, cuando Antonio José de Sucre contaba apenas dos años de edad, Cumaná sufrió uno de esos grandes movimientos sísmicos, de-

nominado de la Pastora, acompañado de grandes ruidos subterráneos, llamas en las márgenes del Manzanares y otros fenómenos. El terremoto causó grandes estragos, entre ellos la destrucción del santuario de La Ermita, que habría de ser reconstruido poco después.

En lo que respecta al ambiente social, a fines del siglo XVIII Cumaná no difería mucho de otras ciudades de las colonias españolas. Había españoles, criollos, gente de color libres, esclavos e indios. La población total se estimaba entre 12.000 y 20.000 habitantes. Los negros, estimados en unos 2.000 en la Cumaná de aquellos días, eran casi todos esclavos. Estos y los indios carecían de todo derecho y eran entregados a blancos y mestizos, en encomiendas y repartimientos, para que dispusiesen libremente de ellos, causándoles no pocos vejámenes y maltratos.

Alejandro de Humboldt reseñó, en su libro de viajes, que fue atendido con gran hospitalidad en Cumaná a su llegada, el 16 de julio de 1799, incluyendo una amable recepción por parte del entonces Gobernador de la provincia, don Vicente Emparan. El 28 de octubre presentó un extraordinario eclipse solar y el 12 de noviembre una lluvia de estrellas, que produjo admiración general. Entre las costumbres locales, le llamó la atención la afición de la gente a bañarse en el río o en el mar, para sofocar el calor. Los niños, entre ellos "Antoñito", como le decían a Antonio José, pasaban parte de la vida en el agua; todos los habitantes, incluso las mujeres de las familias más ricas, sabían nadar.

Comentaba Humboldt:

"A la hermosa luz de la luna, colocaban sillas en el agua; hombres y mujeres iban ligeramente vestidos, y la familia y los forasteros se pasaban un par de horas dentro del río, fumando cigarros y charlando, según la costumbre del país, sobre la excepcional sequedad de la estación, las intensas lluvias caídas en los distritos vecinos y, principalmente, el excesivo lujo que las damas de Cumaná reprochaban a las de Caracas y La Habana"

(Humboldt, 1982: 43)

En su segunda estancia en Cumaná, en agosto de 1800, Humboldt y Bonpland fueron atacados por un zambo cuando caminaban al anochecer cerca de la playa. También experimentaron un movimiento sísmico, aunque de mucha menor intensidad que el terremoto de 1797. Esos incidentes, sin embargo, no modificaron la opinión del sabio alemán sobre la generosidad de sus gentes y las bellezas naturales de Cumaná.

El recuerdo que conservó Humboldt de Cumaná fue imborrable:

“Con frecuencia, hasta en plena ancianidad, late en nuestra alma un vago deseo de volver a verla. En mi imaginación sigo viendo Cumaná y su suelo polvoriento con mayor intensidad que todas las maravillas de las cordilleras. Bajo el bello cielo austral, hasta un país casi sin vegetación cobra encanto por la luminosidad y la magia de los colores que juegan en la atmósfera”

Andrés Bello, cuyo padre, don Bartolomé Bello, residía en Cumaná donde desempeñaba el cargo de fiscal de la Real Hacienda, aprovechaba sus vacaciones para visitar Cumaná, probablemente alrededor de 1801, y estuvo enamorado de María Josefa Sucre, hermana de Antonio José. Pero no sólo le llamaron la atención los encantos de María Josefa. Al igual que a Humboldt, le impresionó gratamente el ambiente cumanés y le dedicó este poema:

*“Y el pueblo también cuyos hogares
a sus orillas mira el Manzanares,
no el de ondas pobres y de verdura exhausto
que de la regia corte sufre el fausto,
y de su servidumbre está orgulloso,
más el que de aguas bellas abundoso,
como su gente lo es de bellas almas,
del cielo, en su cristal sereno, pinta
el puro azul, corriendo entre las palmas
de ésta y aquella deliciosa quinta”*

(Mudarra, 1978: 46)

A pesar de su corta edad, es muy probable que Antonio José conociese tanto a Humboldt como a Andrés Bello. Al primero, por tratarse de un visitante muy distinguido, que fue objeto de muy buena atención por parte de las familias acomodadas de Cumaná, entre ellas seguramente la de los Sucre, ya que además Vicente de Sucre era para entonces regidor y alcalde ordinario del Ayuntamiento de la ciudad. Al segundo, por las visitas que éste le dispensaba a su hermana María Josefa y por la relación de amistad que existía entre Vicente de Sucre y Bartolomé Bello, padre de Andrés. Vicente de Sucre y Bartolomé Bello fueron socios en algunas actividades comerciales entre 1793 y 1797.

Como era costumbre entonces, Antonio José de Sucre aprendió a leer bajo la guía de su madre. Desdichadamente, doña María Manuela de Alcalá murió en 1802, cuando Antonio José contaba apenas con siete años de edad.

Cuenta el escritor e historiador Ángel Grisanti una anécdota de la niñez de Antonio José de Sucre:

“Lo cierto es que, al saber doña María Manuela que una pobre mujer estaba encinta y carecía de los medios para dar a luz y mantener a sus criaturas, enviaba donde ella a uno de sus hijos, de unos siete años de edad, de índole dulce y apacible, con el recado de que viniese a su propio hogar. Y, ya aquí, le prodigaba las más tiernas recomendaciones y la equipaba de cuanto necesitaba para su feliz alumbramiento. “

(Grisanti, 1952: 37)

Aquel hijo que realizó el mandado de su madre no era otro que Antonio José de Sucre. De ser cierta esta anécdota, debe haber ocurrido poco antes de la muerte de su madre, ya que ésta, como decíamos, murió precisamente cuando el personaje que nos ocupa contaba siete años de edad.

Los arrabales de Cumaná, según testimonio de Humboldt, eran tres: Los Cerritos; San Francisco; y el arrabal de los indios guaiqueríes, hoy Altavista. Vicente de Sucre se mudó con Antonio José y sus demás hijos, después de su matrimonio con Narcisa Márquez, al barrio de

Altagracia, a la entrada del puente sobre el río Manzanares, quizás en busca de un terreno y de una casa más grande para albergar también a la nueva familia que comenzaba a formar y aprovechando, como otros vecinos pudientes de Cumaná, las ventajosas condiciones que se ofrecían entonces para instalarse en esa zona:

“la niñez de Antonio José no tuvo por escenario el aristocrático barrio de Santa Inés, sino el bullicioso de Altagracia. Su padre se había trasladado a ese barrio cuando murió la madre, estando el niño aún muy pequeño. Era una amplia y hermosa casona de estilo colonial, con su portal y sus grandes ventanas que daban al Manzanares.”

(Arráiz, 1948: 24)

A la muerte de su madre, su tío José Manuel asume la responsabilidad de dirigir los estudios de Antonio José y algunos autores creen que lo llevó a vivir con él. Lo hace recibir clases de matemáticas, impartidas por el ingeniero Juan Pires y Correa, uno de los eminentes ingenieros coloniales enviados por España a Venezuela, con el encargo de consolidar la defensa del país y ponerlo en situación de repeler los más poderosos ataques enemigos.

Antonio José jamás olvidó el cariño paternal que le había prodigado su tío José Manuel y prueba de ello son su carta a Santander en 1822 y sus cartas al Libertador, en varias oportunidades entre 1827 y 1829, reclamando justicia para su tío y exigiendo que se le conservase en su empleo como Administrador General de Tabacos por la Administración del ramo de Cumaná.

Francisco Depons, agente del gobierno francés, visitó Cumaná en 1803, cuando ya Antonio José de Sucre tenía ocho años de edad. El Gobernador de la provincia era Juan Manuel Cajigal quien, al igual que su antecesor Emparan, recibió elogios de Depons. A Depons le impresionó la pobreza de la ciudad, aunque advirtió que ella experimentaba un fuerte crecimiento demográfico, al punto que estimó su población en 24.000 habitantes.

Depons observó gran laboriosidad y apego a su terruño en los blancos criollos de Cumaná. La agricultura, el comercio, la navegación y, sobre todo, la pesca eran sus principales actividades. El pescado era el primer producto de exportación, hacia Caracas y otras ciudades, aunque las ganancias que se derivaban de este negocio no eran muchas. También era de cierta importancia la producción de cacao, café, tabaco, caña de azúcar y coco. La mayoría de los comerciantes de Cumaná, según Depons, eran de origen catalán o canario; aunque en la población blanca seguramente predominaban los de origen andaluz o extremeño. Depons reconocía una buena dosis de solidez y buen sentido entre los criollos cumaneses dedicados a las letras, aunque le parecían algo faltos de vivacidad.

Lamentablemente, ni Humboldt ni Depons abundaron en informaciones sobre el ambiente político en la ciudad, aunque sí apreciaron cierta satisfacción de la gente con el gobierno local. En la vecina población de Carúpano hubo una ramificación del movimiento alentado por Manuel Gual y José María España, en 1797. El gobernador Emparan recibió en Cumaná al perseguido Manuel Gual y le facilitó su embarco hacia la isla de Trinidad. Estos hechos pueden ser indicativos de que tanto en el pueblo de Cumaná como en su gobernador había, desde fines del siglo XVIII, una inclinación favorable hacia la independencia.

Los estudios de ingeniería militar **en Caracas** (1808-1810)

En 1808, por consejos de su tío José Manuel, su padre accede a enviarlo a continuar estudios en Caracas, al cuidado de su padrino el arcediano de la Catedral, presbítero Antonio Patricio de Alcalá. La casa del arcediano, donde se hospedó Sucre, quedaba entre las esquinas de Cují y Salvador de León, a unas tres cuadras de la Catedral.

Hasta donde tenemos noticia, Antonio José fue el único entre sus hermanos que realizó estudios en Caracas. Sus hermanos mayores, José María, Jerónimo y Pedro habían permanecido en Cumaná y ya se disponían a ingresar en la carrera militar. El otro hermano mayor, Vicente, parece que tuvo mala salud desde muy niño.

Años más tarde, el entonces General de Brigada Antonio José de Sucre llevaría a su hermano menor José Manuel a estudiar en Bogotá, bajo el cuidado de Santander, según consta en carta dirigida al Libertador, fechada en Bogotá el 10 de enero de 1821.

Las circunstancias fortuitas de la muerte de su madre, la tutoría de su tío José Manuel y el nombramiento de su padrino como arcediano de la Catedral de Caracas influyeron en el envío de Antonio José a Caracas, lo que sería de gran ayuda para mejorar la formación del futuro general.

La historiadora venezolana Graciela Soriano de García Pelayo nos relata cómo era entonces un viaje entre Cumaná y Caracas, que ahora toma aproximadamente media hora por avión:

“el viaje de Cumaná a Caracas por tierra podía tomar muy bien sus nueve días a lomo de mula, en medio de exposiciones de todo tipo, en tanto que por mar, gracias a la ayuda de la dirección de la corriente de las aguas solía tardarse de treinta y seis a cuarenta horas; por el contrario, el viaje de Caracas a Cumaná por mar, como se hacía en el sentido inverso al curso de la mencionada corriente podía tomar hasta seis días”

(Soriano, 1988: 31)

Podemos imaginar las impresiones de Antonio José, de trece años de edad, al llegar a Caracas. Esta es una ciudad más grande y culta que Cumaná. Sus casas son más bellas, mejor construidas y amuebladas con decencia y hasta con riqueza. Los hombres van a la iglesia de casaca y llevan capa o sobretodo. Las fiestas, particularmente las religiosas, son más brillantes. El teatro es la principal diversión pública. Los caraqueños se caracterizan por su buen gusto e instrucción.

En Caracas, Antonio José asiste a la recién fundada escuela de ingeniería militar del coronel de ingenieros Tomás Mires. En esta escuela estudia aritmética, álgebra, geometría, topografía, construcciones civiles y dibujo lineal y topográfico. A ella asistieron también Piñango, Avendaño, Agustín y Manuel Florencio Tirado, Loynaz, Cáceres y otros a quienes se citará posteriormente entre los primeros ingenieros venezolanos.

Eduardo Arcila Farías, distinguido historiador de la ingeniería en Venezuela, afirma que es procedente considerar a Antonio José de Sucre entre los primeros ingenieros venezolanos:

“Con respecto a los estudios de matemáticas del Mariscal de Ayacucho y de si es procedente considerarlo entre los primeros ingenieros venezolanos, la información reunida justifica una respuesta afirmativa. Tanto Juan Pires como Tomás Mires, sus maestros, eran ingenieros militares de elevada jerarquía y gozaron de una sólida reputación cien-

tífica. La enseñanza impartida en la escuela de este último, creada con autorización de la superioridad, pues de otra manera no habría podido funcionar, fue reconocida por la Primera República, puesto que los jóvenes egresados de ella (entre estos Antonio José de Sucre), son incorporados, como hemos dicho, al Cuerpo de Ingenieros."

(Arcila Farias, 1961, Tomo Primero: 288)

Los estudios de ingeniería militar para la época, aunque hoy nos parezcan muy deficientes, permitieron a los ingenieros coloniales diseñar y construir fortalezas, carreteras, puentes, obras de desvío de ríos y muchas otras obras que no sólo satisficieron importantes necesidades en su tiempo, sino que continuaron siendo útiles por muchos años.

Es importante destacar que la formación en matemáticas que recibió Sucre estaba orientada a la carrera militar y, además, debe haber recibido en la academia de Mires alguna instrucción militar. Sólo así se entiende la expresión de Sucre: "Vd. sabe yo estoy desde la edad de trece años en un cuartel", en carta dirigida a Santander fechada en Quito el 6 de julio de 1822.

Las academias militares para el entrenamiento de oficiales, como la de Mires, habían surgido a fines del siglo XVIII en Inglaterra y muy pronto se adoptaron en otros países europeos, entre ellos España, de donde pasaron a América. En estas academias, además de ingeniería, se enseñaba manejo de armas, dirección de tropas, ejercicios militares, táctica, estrategia y ceremonial militar.

Antonio José continuaría su formación militar en Cumaná, haciendo esgrima, equitación y prácticas militares, junto con su hermano Pedro, como cadete en la Compañía de Húsares que estaba bajo las órdenes de su padre.

Por otra parte, es probable que en Caracas haya recibido de alguna forma conocimientos sobre las doctrinas filosóficas del siglo XVIII y los principios políticos de la Revolución Francesa, tan populares entre los jóvenes criollos contemporáneos.

Es indudable que tanto los estudios como la identificación con una profesión determinan en gran medida la forma de razonar y enfrentar diversas situaciones por parte de un individuo. En general, los ingenieros se caracterizan por ser prácticos y eficientes, cualidades que se pueden apreciar fácilmente en la trayectoria posterior de Antonio José de Sucre, sin contar lo que los conocimientos técnicos específicos pueden haberlo ayudado al planificar y ejecutar sus batallas.

A los ingenieros se les acusa frecuentemente de su falta de formación humanística y social. Sin embargo, en el caso de Antonio José de Sucre, tal deficiencia seguramente fue compensada tanto por el ambiente cultural cumanés como por las influencias familiares, entre ellas las del arcediano Antonio Patricio de Alcalá.

La familia, el ambiente y los estudios contribuyeron a la formación de la personalidad de Sucre. En un intento por definir algunos de los rasgos de la personalidad de Sucre, necesarios para la comprensión de su actuación histórica, el historiador venezolano Germán Carrera Damas esbozó las siguientes hipótesis:

“En Sucre la práctica de un criterio esencial, - el de la eficiencia-, y una actitud obsesiva, - la constante referencia al plano de lo ético-, actúan como coordenadas de la acción vital, y revelan una personalidad básica, mas bien sencilla, que se apoya en el sentido de lo heroico, en el sentido de la perfección y en el sentido de lo real.”

(Carrera Damas, 1975: 139)

El oficial **subalterno** (1810-1817)

En 1808, el mismo año en el que Sucre comienza sus estudios en Caracas, las tropas de Napoleón invaden España y se apoderan de ella. El rey Carlos IV, junto con su hijo y sucesor Fernando VII y el resto de la familia real, es trasladado a Bayona. Allí se pretende imponer una nueva Constitución a España, que establece que los reinos y provincias españolas en América gozarán de los mismos derechos que la metrópoli. La noticia sobre los sucesos de Bayona, uno de los elementos desencadenantes de la revolución en la América española, fue conocida primero en Cumaná, a través del *Times* londinense, y de allí transmitida a Caracas. Posteriormente, al iniciarse en Caracas el proceso de independencia, el 19 de abril de 1810, Cumaná es una de las primeras provincias en adherirse al movimiento, no obstante sus reservas históricas frente a Caracas; además, propone una alianza militar entre las dos provincias. Luego designaría diputados para integrar el Congreso de 1811 y firmar el Acta de Independencia.

Antonio José contaba apenas quince años de edad cuando en 1810 se inició el proceso de Independencia en Venezuela. Tal acontecimiento significó la interrupción de sus estudios en Caracas y su inmediato retorno a Cumaná. La Junta de Gobierno de Cumaná, de la cual forma

parte su padre, le confiere el empleo de Subteniente de Infantería y comienza así su exitosa carrera militar.

La incorporación de Sucre a la causa de la independencia se debe a la decisión de su familia. Esta, como muchas otras familias de blancos criollos, aprovecha los acontecimientos de España para asumir el poder político, como lo señala la historiadora venezolana Inés Quintero:

“Al igual que ocurre en Caracas, el impacto de los sucesos peninsulares moviliza a los blancos criollos de la provincia de Cumaná quienes, ante el vacío de poder que se produce y frente al llamado que les hace la Junta de Caracas, se pronuncian de manera similar constituyendo una Junta Suprema y organizando el gobierno local. ... Es pues, en este ambiente que tiene lugar el ingreso y la participación de Antonio José de Sucre en la contienda emancipadora. En un primer momento, su incorporación a las filas patriotas, no obstante su corta edad, será asunto de la familia, de su particular condición social.”

(Quintero, 1998: 51)

Los primeros siete años de la carrera militar de Antonio José de Sucre, entre 1810 y 1817, transcurrieron bajo las órdenes de su padre y de varios jefes revolucionarios, entre ellos Miranda, Mariño y Bermúdez.

En 1810, como hemos dicho, la Junta de Gobierno de Cumaná lo nombra Subteniente, como oficial del Cuerpo de Ingenieros. En sus comienzos la guerra de independencia no llega a Cumaná, por lo que seguramente Sucre, todavía un adolescente, emplea el tiempo en completar su formación e integrarse de lleno a la vida militar bajo la guía de su padre, aunque éste se encontraba en la caballería. Es fácil sospechar la emoción que embargaba a Sucre, no sólo al continuar con la tradición militar de la familia, sino por la oportunidad de participar en una guerra y de hacerlo al lado de su padre y de sus hermanos.

En 1811 es trasladado a Margarita con el cargo de Comandante de Ingenieros. El 31 de julio de ese año es ascendido a Teniente. Al año siguiente, el capitán de fragata Domingo de Monteverde ha sido enviado por la corona española para dominar el movimiento independen-

tista y acosa al general Miranda en el centro del país. Miranda pide refuerzos y de Margarita llega el teniente Antonio José de Sucre.

La primera acción de guerra a la que asiste Sucre es el combate en La Victoria, el 20 de junio de 1812, como ayudante del general Miranda, contra el capitán Monteverde. El combate resulta en un triunfo para las tropas independentistas. Luego es enviado a Barcelona, en calidad de Comandante de artillería, en expedición dirigida por su padre. Allí recibe la noticia de la capitulación de Miranda ante Monteverde y regresa a Cumaná, donde se esconde con su familia.

La inexperiencia en el gobierno y la falta de consenso fueron las causas principales de la pérdida de la Primera República en Venezuela. El historiador norteamericano John V. Lombardi así lo afirma:

“La causa patriótica de 1812 fue un verdadero desastre. Los patriotas no sólo tenían que luchar contra las tropas leales al rey, respaldadas por la mayoría de los venezolanos, sino que, además, combatían sin el apoyo efectivo de su propio e inexperto gobierno... El arte de gobernar, la autoridad, la legitimidad y la nacionalidad son fenómenos sumamente complejos, pero si un gobierno nacional y un pueblo no tienen cuando menos un consenso suficiente en lo que se refiere a estas cosas, la tarea de gobernar se hace difícil cuando no imposible.”

(Lombardi, 1985: 140)

El 29 de diciembre de 1812, el coronel Emeterio Ureña, gobernador realista de la Provincia de Cumaná, le concede pasaporte para Trinidad. La intención de Sucre era unirse a los patriotas venezolanos que estaban allá y pensaban regresar a Venezuela a continuar la lucha, pero prefirió esperarlos en tierra firme.

En enero de 1813, Sucre se une al grupo de republicanos que regresan a Venezuela desde Trinidad, bajo las órdenes del general Santiago Mariño, y logran ese mismo año liberar el Oriente del país. Son todos muy jóvenes, apenas un poco mayores que él. Participa en diversas batallas. El 13 de enero de 1813, Sucre combate en Guiria, en triunfo

contra el general Eusebio Antoñanzas. Mariño lo asciende a Teniente Coronel y le encarga la tarea de preparar y disciplinar las tropas.

Bolívar no ahorra elogios sobre las actividades de Sucre en esas primeras acciones de guerra:

“Cuando los generales Mariño, Piar, Bermúdez y Valdés emprendieron la reconquista de su patria, en el año 13, por la parte oriental, el joven Sucre les acompañó a una empresa la más atrevida y temeraria. Apenas un puñado de valientes que no pasaban de ciento, intentaron y lograron la libertad de tres provincias. Sucre siempre se distinguía por su infatigable actividad, por su inteligencia y por su valor. En los célebres campos de Maturín y Cumaná se encontraba de ordinario al lado de los más audaces, rompiendo las filas enemigas, destrozando ejércitos contrarios con tres o cuatro compañías de voluntarios que componían todas nuestras fuerzas. La Grecia no ofrece prodigios mayores”.

(Bolívar, 1825: 1 y 2)

Mariño propone a Bolívar, en diciembre de 1813, establecer una jefatura del ejército patriota en Oriente y otra en Occidente, por supuesto pensando en la primera para él y en la otra para Bolívar. Bolívar no está de acuerdo y cree conveniente una jefatura única. Allí comienzan los problemas entre ambos que terminarían con la ruptura definitiva en 1817.

En febrero de 1814, las tropas orientales triunfan en Agua Negra (Maturín), contra el general N. Varáosla. De allí se movilizan hacia el centro del país para apoyar a las tropas de Bolívar.

El 23 de marzo de 1814 se unen los ejércitos de Bolívar y Mariño. Sucre asiste a la entrevista de los dos jefes militares en La Victoria, como edecán del general Mariño. Grande sería el placer de Sucre, al presenciar el encuentro de los principales líderes de la revolución, quizás con la esperanza de que la unión de ambos representase la victoria de la causa patriota. El 31 de marzo tiene lugar la batalla de Bocachica, en la cual participa Sucre a las órdenes de Mariño, resultando en triunfo contra los realistas. El 28 de mayo se produce otro

triunfo patriota, en la primera batalla de Carabobo, bajo el mando de Bolívar, contra Juan Manuel Cajigal. Sin embargo, los ejércitos unidos de Bolívar y Mariño son derrotados por Boves en La Puerta, el 15 de junio de 1814. Allí Pedro, hermano de Antonio José de Sucre, es tomado prisionero y luego fusilado en La Victoria.

En la campaña del centro de Venezuela, bajo las órdenes de Mariño, el entonces teniente coronel Sucre comienza a destacar como un valiente oficial. Bolívar le concede sus primeras condecoraciones: el Escudo de Bocachica y el Escudo de Carabobo (1a. batalla).

Después de la derrota de La Puerta los republicanos se retiran hacia Oriente, perseguidos por los realistas. El 17 de agosto de 1814, bajo el mando de Bolívar, pierden en Aragua de Barcelona contra el general Francisco Tomás Morales. Boves cae sobre Cumaná el 16 de octubre, ante la impotencia del general Piar para detenerlo, y allí mueren Vicente y Magdalena, hermanos de Sucre, así como muchos otros familiares y vecinos. Aunque los patriotas logran dar muerte a Boves en Urica, el 5 de diciembre de 1814, su derrota contra el general Morales en Maturín, el 11 de diciembre de 1814, es definitiva y nuevamente deben huir del país. Así concluye lo que se ha dado en llamar la Segunda República.

Sucre se va con Bermúdez a Guiria y de allí pasa a Margarita, que era el único sitio en poder de los revolucionarios al finalizar el año 14. De Margarita salió hacia las Antillas, junto con otros orientales. Mal recibidos por las autoridades inglesas, se refugiaron en Martinica y de allí en Saint Thomas, de donde salieron a mediados de 1815 para Cartagena.

Es admirable la tenacidad y el coraje de esos patriotas, decididos a enfrentar todas las adversidades hasta lograr la liberación de su país. Las derrotas y las muertes de sus compañeros y familiares no hacían sino atizar sus ímpetus revolucionarios y sus deseos de expulsar a los españoles del territorio americano.

En Cartagena, bajo las órdenes de Carlos Soublette, con Lino de Pombo como jefe inmediato, Sucre dirige los trabajos de fortificación para

la defensa de la ciudad contra el asedio realista. Es su primera experiencia de combate fuera de Venezuela. El oficial de ingeniería Lino de Pombo lo describe como:

“un joven venezolano de nariz bien perfilada, tez blanca y cabello negro, ojo observador, talla mediana y pocas carnes, modales finos, taciturno y modesto.”

(Villanueva, 1995: 25)

El sitio de Cartagena duró 110 días y finalmente, el 5 de diciembre de 1815, los patriotas debieron abandonar la ciudad.

Una vez más, Sucre se refugiaba en las Antillas, junto con los principales jefes revolucionarios. En Haití fueron bien recibidos por el presidente Petión y de allí pasaron a Trinidad. Cuando se enteraron de la expedición de Los Cayos, trataron de regresar al continente, pero la embarcación en la que viajaba Sucre naufragó. Logró salvarse milagrosamente, asiéndose a una caja o baúl, y fue rescatado por unos pescadores: Santiago Calderón y Francisco Javier Gómez.

En 1816, Mariño lo nombra jefe de su Estado Mayor. Sucre participa con ese carácter en la campaña de ese año y principios de 1817. El 10 de junio de 1816 pierden en combate contra las tropas españolas, en Carlos López (Cumaná), pero luego triunfan en Yaguaraparo, el 2 de septiembre, y en Cumaná, el 19 de enero de 1817.

Luego de estos triunfos, Mariño y los demás jefes orientales tienen la intención de desconocer la autoridad de Bolívar, pero Sucre no está de acuerdo. La ruptura definitiva entre Sucre y Mariño se produce el 8 de mayo de 1817, en ocasión del llamado “Congresillo de Cariaco”. Sucre, Urdaneta y otros oficiales fieles a Bolívar se retiraron de la reunión y se fueron a Angostura, para ponerse a las órdenes de éste.

Culmina así la primera etapa de la carrera militar de Sucre, de gran valor formativo. Sucre aprendió no sólo a hacer la guerra, sino a conocer los hombres y reforzar sus principios de disciplina y lealtad. Nunca más se apartaría del lado de Bolívar.

La historiadora venezolana Inés Quintero concede gran importancia a la resolución de Sucre de ponerse al lado de Bolívar en 1817:

“la decisión política de Sucre de convertirse en aliado y hombre de confianza de Bolívar, va a ser determinante en el desenvolvimiento de su vida y en el desarrollo de los acontecimientos americanos.”

(Quintero, 1998: 64)

Quintero considera que esta determinación, como muchas otras de la vida de Sucre, se debe a su adhesión a los firmes principios adquiridos en su familia y en su formación militar:

“la definición de Sucre como aliado de Bolívar, está emparentada, entonces, con su historia familiar, con su aprendizaje militar y tiene su momento decisivo luego de los sucesos de Cariaco en mayo de 1817, cuando, junto con Rafael Urdaneta, toma la resolución de viajar a Guayana a unirse con Bolívar.”

(Quintero, 1998: 59)

Sostiene además la historiadora que la decisión de Sucre se facilita por la coincidencia de sus principios con los de Bolívar:

“(Sucre y Bolívar) comparten una misma idea de orden como imperativo ineludible a la hora de sostener el principio de autoridad y la disciplina militar como soportes del ejército. Ambos, por herencia y formación, recibieron el mismo código como fundamento de la jerarquía, de la posibilidad de ejercer la autoridad y evitar las disensiones, el faccionamiento y la anarquía.”

(Quintero, 1998: 62)

El lugarteniente **de Bolívar** (1817-1820)

En septiembre de 1817, Bolívar designa a Sucre Gobernador de la Antigua Guayana y Comandante General del Bajo Orinoco. También le encarga organizar un batallón con el nombre de Bajo Orinoco. Es ascendido a Coronel. Se inicia así una relación directa entre Bolívar y Sucre que duraría casi trece años, hasta la muerte del héroe cumanés. Sin embargo, podemos distinguir los primeros cuatro años de esa relación, hasta 1821, en los cuales Sucre todavía está en Venezuela, de los últimos nueve años, cuando Sucre se encarga de liberar Quito y Perú y asume una mayor independencia de acción.

En octubre del mismo año 17, apenas un mes después de haberlo designado Gobernador de Guayana, Bolívar decide nombrar a Sucre Jefe de Estado Mayor de la división de la provincia de Cumaná, a las órdenes del general Bermúdez. Bolívar ya da muestras de su confianza en Sucre. Lo reemplaza en Guayana su padre, el coronel Vicente de Sucre, para entonces un veterano oficial de 56 años, y su hermano Jerónimo queda al frente del batallón del Bajo Orinoco.

En carta de Bolívar a Sucre, fechada en Angostura el 7 de octubre de 1817, quizás la primera que le dirigiese, le ordena marchar a Maturín, confiándole una delicada misión. Lo autoriza para hacer uso de su

nombramiento según le parezca conveniente y le encomienda tratar de convencer a Mariño de deponer su actitud rebelde. Las habilidades diplomáticas de Sucre ya eran percibidas por el Libertador. Poco después, en carta fechada en Angostura el 19 de octubre, le diría:

“Estoy cierto: el general Bermúdez y usted van a hacer cosas grandes en Cumaná, y quizás algún día serán llamados los salvadores de su país”.

En ese tiempo se produce el juicio y posterior fusilamiento de Piar, lo que produce mayor confusión y enfrentamiento entre Bermúdez y Mariño. Sucre interviene con habilidad y prudencia para reconciliarlos, aunque su enfrentamiento con Mariño, que los distanciaría para siempre, era evidente.

En carta al general jefe del Estado Mayor general, fechada en Cumanacoa, el 11 de mayo de 1818, Sucre informa haber sido detenido por Mariño, a cuyos subalternos Sucre reprendió por expresar ideas faccionarias, y no oculta su desconfianza con respecto a las intenciones de este general oriental. Por el contrario, su opinión con respecto a las intenciones de Bermúdez era favorable, a pesar de los caprichos de este oficial, como lo expuso en carta dirigida a su amigo el general Carlos Soublette, fechada en Maturín el 26 de mayo de 1819.

Sucre combate en 1818 y 1819 bajo las órdenes de Bermúdez en diversos lugares de Oriente, en una campaña de triunfos y fracasos (triunfan en Guiria el 25 de agosto de 1818, en Río Caribe el 13 de septiembre 1818 y en Cantaura el 12 de junio de 1819, pero pierden en el Puerto de La Madera el 30 de mayo de 1818, en Río Caribe el 15 de octubre de 1818 y en Barcelona el 12 de junio de 1819), sin ningún resultado definitivo. Sin embargo, Sucre demuestra sus dotes de estratega y organizador, destacándose en la planificación de los combates y en la conducción de los apoyos logísticos. En ese mismo año, Bolívar lo condecora con la “Orden de Libertadores” y en 1819 es ascendido a General de Brigada. El ascenso lo ordena el Vicepresidente Zea, por lo que se ha creado la conseja de una supuesta reacción negativa de Bolí-

var, al encontrarse con Sucre en el río Orinoco, recogida en las *Memorias* del general Daniel Florencio O'Leary, oficial irlandés al servicio de la causa patriota. En todo caso, Bolívar ratificó la decisión de Zea a comienzos de 1820.

De la actividad de Sucre como jefe del Estado Mayor de Oriente, diría Bolívar años más tarde:

“El era el alma del ejército en que servía. El metodizaba todo; él lo dirigía todo, mas, con esa modestia, con esa gracia con que hermosea cuanto ejecuta. En medio de las combustiones que necesariamente nacen de la guerra y de la revolución, Sucre se hallaba frecuentemente de mediador, de consejo, de guía, sin perder nunca de vista la buena causa y el buen camino. El era el azote del desorden y, sin embargo, el amigo de todos”.

(Bolívar, 1825: 2)

Entre 1819 y 1820, Bolívar encarga a Sucre de tareas logísticas, primero en Apure y luego en las Antillas. Cumple con éxito ambas misiones y luego acompaña a Bolívar a Cúcuta. Ante la pregunta de O'Leary por la identidad de ese general desconocido, Bolívar dijo:

“Es uno de los mejores oficiales del ejército; reúne los conocimientos profesionales de Soublette y la actividad de Salom; por extraño que parezca, no se le conoce ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a luz, persuadido de que algún día me rivalizará”.

(Villanueva, 1995: 39)

Después, Sucre fue nombrado por Bolívar Ministro de Guerra interino y con este carácter le acompañó desde Cúcuta hasta la ocupación de Mérida y Trujillo. El General en Jefe del Ejército Español, Pablo Morillo, solicitó una tregua y Bolívar designó a Sucre y otros altos oficiales para negociar el armisticio. A un joven general criollo, de apenas 25 años de edad, se le confiaba la difícil misión de negociar con veteranos militares europeos, encabezados por el brigadier Ramón

Correa, alcalde de Caracas. El armisticio y el tratado de regularización de la guerra se concluyeron entre el 25 y el 26 de noviembre de 1820.

Sin descuidar su importante misión en Trujillo, Sucre advierte la ineficiencia del servicio de correos del ejercito patriota y, en carta dirigida al subjefe del estado Mayor General, fechada en Trujillo el 26 de octubre de 1820, propone seis acciones para reducir la duración de las postas de San Cristóbal de diez días a cinco o seis. Sus recomendaciones reiteran la importancia de las comunicaciones en la guerra y la última reza así:

“Que los jueces, encargados de posta y conductores de pliegos, están sujetos aun a la última pena por la falta del cumplimiento a estas disposiciones, pues que dependiendo en gran parte el suceso de la guerra de la rapidez de las comunicaciones, una falta de ellas acarrearía males de una trascendencia infinita a la República”.

El 25 de noviembre de 1821, en plena fase final de la negociación, Sucre informa a Bolívar sobre el deseo del general Morillo de entrevistarse con Bolívar en Santa Ana. Sucre demuestra su habitual prudencia, pero no deja de deslizar su parecer favorable a este encuentro y hasta sugiere un lugar distinto para la reunión:

“El general Morillo hablando a estos señores les dice que, concluido el armisticio, vean si Vd. quiere permitir ir a Santa Ana para darle un abrazo; que vendrá el día que Vd. señale y del modo que indique, pues su deseo es conocerle y presentarle personalmente su amistad particular. Estos señores me dicen que pida a Vd. contestación para que el Sr. Linares la lleve a Morillo, expresando, en caso de acceder, el día que Vd. irá a Santa Ana, &c. No me atrevo ni a indicar mi opinión sobre esto; Vd. verá que hace. Yo creo a esos señores de buena fe, mas Vd. es el jefe de nuestro gobierno. Parecía mejor que Morillo viniera a Trujillo donde hay alojamiento y comodidades, &c. &c.”

El 27 de noviembre de 1821, dos días después de la carta de Sucre, Bolívar y Morillo se reúnen en Santa Ana y ratifican el acuerdo. En el tratado de regularización de la guerra se acuerda conducir ésta de

modo文明izado, con respeto a la dignidad humana. Por ejemplo, en su artículo 2º se establece:

“Todo militar o dependiente de un ejército tomado en el campo de batalla aun antes de decidirse ésta, se conservará y guardará como prisionero de guerra, y será tratado y respetado conforme a su grado hasta lograr un canje.”

Dijo más tarde el Libertador:

“Este tratado es digno del alma del general Sucre; la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron; él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho”.

(Bolívar, 1825: 2)

En la negociación y posterior firma del Tratado de Regularización de la Guerra, Sucre demuestra dos cualidades que lo acompañarían siempre: su capacidad diplomática y su espíritu generoso y humanitario.

Además de sus grandes dotes militares, Sucre demostró siempre excelentes cualidades como diplomático. Su bondad y su alto sentido ético fueron factores determinantes para inspirar confianza en las negociaciones y lograr acuerdos justos y duraderos. Como buen diplomático, Sucre era veraz, preciso, modesto y leal, y aunque a veces tenía inclinación a perder la calma, el buen carácter y la paciencia, lograba dominarse en beneficio del objetivo de su misión. Por sobre todo, nunca cifró el éxito de su negociación sobre falsas promesas y quebrantamiento de su palabra.

Tanto en este Tratado, como en las capitulaciones de los vencidos en sus batallas posteriores, estableció las condiciones que le parecían más justas y文明izadas, creando así un ambiente propicio para que al final prevaleciese la paz y la confraternidad entre los enemigos. En su opinión, las acciones bélicas no estaban en contradicción con las relaciones privadas entre adversarios. Ejemplo de esta convicción fue su

ofrecimiento, años más tarde, al general español Canterac de cultivar la amistad entre ambos cuando terminase la guerra.

Varios autores han visto en éste y en otros gestos humanitarios relacionados con la guerra una contribución importante de Sucre al Derecho Internacional.

Quizás el primero de estos autores fue el escritor e historiador venezolano Augusto Mijares. Mijares destacó el papel de Sucre en la creación del Derecho Internacional, poniendo como ejemplos: su preocupación por el respeto a los prisioneros de guerra; su generosidad con los vencidos; su creencia en la libre determinación de los pueblos, sin injerencia de ninguna fuerza extranjera; y su convicción de que eran ilegítimas todas las adquisiciones que la guerra pudiera engendrar. En el Derecho Internacional Público, este último principio se ha denominado la “Doctrina Sucre.”

El historiador ecuatoriano Jorge Salvador Lara también considera a Sucre como un precursor del Derecho Internacional Humanitario. Casi medio siglo antes del Convenio de Ginebra de 1864, Sucre incluyó previsiones en tratados y capitulaciones para impedir el maltrato y el abuso hacia los vencidos en la guerra. El Convenio de Ginebra, suscrito en 1864, que obliga a la asistencia a los heridos, constituye la primera reglamentación internacional para la humanización de la guerra. Nuevos convenios, declaraciones y revisiones posteriores del Tratado de Ginebra de 1864 ampliaron y universalizaron los principios del Derecho Internacional en tiempos de guerra, lo que hoy se conoce como “Derecho Internacional Humanitario”, fundamentalmente conformado por los Convenios de Ginebra de 1949 y los protocolos adicionales aprobados en 1977. Refiriéndose específicamente al tratado de Trujillo para la regularización de la guerra, Lara afirma:

“En el camino recorrido por el hombre para llegar al moderno “Derecho Internacional Humanitario”, corresponde el singular honor de pioneros a los miembros de la Comisión hispano-colombiana que en Trujillo suscribieron aquel primer tratado bilateral para la regularización de la guerra, presidida por los Generales Ramón Correa, español y Anto-

nio José de Sucre, grancolombiano. Particularmente éste, que redactó las bases para la discusión de aquel célebre convenio que puso fin a la “guerra a muerte” desencadenada durante los episodios bélicos de la independencia, y en toda ocasión demostró su carácter magnánimo, le corresponde por antonomasia el calificativo de ‘preursor del Derecho Internacional Humanitario’ ”.

(Lara, 1996: 69)

El periodista e historiador venezolano Rafael Ramón Castellanos también ha escrito un extenso ensayo sobre la importancia de Sucre en la creación del Derecho Internacional Humanitario.

Las concesiones de Sucre no siempre fueron bien vistas por los patriotas y algunos las interpretaban como signo de debilidad; sin embargo, Sucre entendía que la guerra es sólo un medio de lograr un objetivo político superior. Además, supo ser severo cuando hizo falta.

Sucre en Guayaquil (1821)

A comienzos de 1821, cuando llegaron a Bolívar las noticias de la revolución independentista que había estallado en Guayaquil, decidió enviar a Sucre para lograr que esa provincia independiente se incorporase a la República de la Gran Colombia. También le ordenó que tomara el mando de las tropas que hubiese en Guayaquil, como pasos previos para la liberación de Quito. Era la primera vez que Sucre iba a encargarse por su cuenta y riesgo de una campaña militar. Bolívar ya lo consideraba preparado para ser su propio jefe. Tal distinción compensaría con creces a Sucre por el hecho de estar ausente en la batalla de Carabobo, el 24 de junio de 1821, que sellaría la independencia definitiva de Venezuela.

Tras una breve estancia en Bogotá y Cali, Sucre llega a Guayaquil el 6 de abril de 1821. En Cali disfruta de una muy buena acogida y antes de partir agradece las atenciones recibidas. En carta dirigida a los miembros del cabildo de esa ciudad, fechada el 23 de marzo de 1821, Sucre les dice:

“El pueblo de Cali me ha dispensado atenciones que recordaré con un placer orgulloso; para testificarle en todos tiempos mi gratitud”.

Al dirigirse hacia Guayaquil, aunque ya curtido en la guerra, el joven general se enfrenta a un medio muy distinto al suyo; además, sin saberlo, se ha separado de su tierra natal para no volver nunca más a ella, salvo una breve incursión en el Táchira en 1830. Sin embargo, comienza allí un período de poco más de tres años, hasta la victoria en Ayacucho el 9 de diciembre de 1824, que le llenará de gloria y significará su pase definitivo a la historia.

Guayaquil había proclamado su independencia el 9 de octubre de 1820, unos seis meses antes de la llegada de Sucre. Hombres de gran brillo intelectual encabezaban el movimiento de independencia. La Junta de Gobierno la presidía José Joaquín Olmedo, destacado poeta de la revolución. Pero no eran tiempos para las letras sino para la acción. El historiador ecuatoriano Alfredo Pareja Diezcanseco ilustra muy bien la situación que encuentra Sucre en Guayaquil:

“Dos problemas esenciales debía afrontar prontamente la Junta de Gobierno: preparar una campaña contra las fuerzas realistas que controlaban a Quito y al resto de la república y decidir el destino de la provincia entre tres posturas distintas, cada una de ellas con sus respectivos partidarios: construir un territorio independiente dentro de los límites territoriales de la Real Audiencia de Quito, anexarse a Nueva Granada o anexarse al Perú.”

(Pareja Diezcanseco, 1992: 151)

Una de las primeras acciones de Sucre en Guayaquil es manifestar sus respetos al general José de San Martín. En carta dirigida a San Martín, fechada en Guayaquil el 10 de mayo de 1821, Sucre aprovecha la oportunidad de una comunicación rutinaria para saludar al gran militar argentino, quien después de liberar a Chile y proteger a Guayaquil se disponía a ocupar Lima y no ocultaba sus pretensiones de anexar Guayaquil al Perú:

“Yo celebro altamente que esta ocasión me permita la honra de presentar a V. E. mi humilde respeto al genio inmortal de América, cuya espada libertadora recibe las bendi-

ciones del Nuevo Mundo, y la estimación del género humano. Me atrevo a esperar que V. E. acepte los transportes de mi satisfacción al saludar a V. E. como un débil testimonio de mi admiración a sus virtudes, y mis deseos por el triunfo de V. E. sobre los opresores del Perú, como el homenaje debido a los sacrificios de V. E. “

En carta dirigida al coronel Pedro Briceño Méndez, ministro de guerra y marina de Colombia, fechada en Guayaquil el 12 de mayo de 1821, Sucre le explica su estrategia en Guayaquil y le informa sobre el éxito de sus negociaciones:

“Yo he creído ser conveniente tomar el carácter de un jefe destinado por el Libertador a obrar por el Sur de la república e invitar a este gobierno a que dé sus tropas y sus recursos, que no presentarme como auxiliar, y sujeto por consiguiente a las instrucciones de esta junta en la campaña; porque negada por ahora la reunión de la provincia, nada puede inclinarla a verificarla de hecho, como la influencia que tomen las tropas, y las instituciones de Colombia, y el hábito que vaya formándose de obedecer a sus jefes. He logrado que se pongan a mi disposición todos los recursos militares”.

Sucre manifestó siempre que aborrecía la política. Sin embargo, demostró que poseía gran capacidad para desenvolverse en ella. Su visión estratégica y sus cualidades personales le permitieron tener éxito en esa actividad. En Guayaquil, por ejemplo, aprovechó que existían tres bandos políticos, con diferentes posiciones sobre las relaciones de Guayaquil con Perú y Colombia, y convenció a los que abogaban por la autonomía que era preferible la anexión a Colombia que al Perú y, por lo tanto, les convenía tomar partido a favor de aquella.

En menos de dos semanas desde su llegada a Guayaquil, Sucre logra sus objetivos: un tratado mediante el cual Guayaquil mantiene su soberanía, pero bajo la protección de Colombia; además, Guayaquil le entrega el mando de las tropas y le ofrece todos los recursos disponibles.

Mediante el tratado del 15 de mayo de 1821 entre Sucre, por Colombia, y José Joaquín de Olmedo, Rafael Jimena y Francisco Roca y, miem-

bros de la Junta de Gobierno de Guayaquil, se lograba la adhesión de Guayaquil a Colombia.

La gestión diplomática de Sucre en Guayaquil no se limitaría a ese acuerdo, ya que tuvo que enfrentar no sólo los deseos independentistas de los locales sino las pretensiones de los peruanos de arrebatarle a Colombia la provincia de Guayaquil.

Desde mayo de 1821, Sucre se dedica a organizar el ejército. Una vez organizado éste, Sucre se dirige a los guayaquileños, en proclama fechada en el cuartel general de Babahoyo el 11 de agosto de 1821, manifestándoles las intenciones del gobierno de Colombia al asumir la protección de Guayaquil y destacando las virtudes de Bolívar:

"Vuestra libertad será garantizada por un gobierno paternal y benéfico, formado en la experiencia y en las desgracias; sancionado por hombres capaces de medir la grandeza del poder, la gloria de un estado; y educado por un jefe el más celoso defensor de los derechos del pueblo, el más firme apoyo del ciudadano, y el héroe por fin que ha creado, fundado y conservado la república hasta presentarla ante las naciones con esplendor y majestad".

Sucre vence en la primera batalla en la que le corresponde ser el jefe, el combate en Yaguachi, el 19 de agosto de 1821, pues hasta entonces había participado en las acciones de guerra como oficial subalterno. Su rival en Yaguachi fue el coronel Francisco González.

A pesar de la victoria de Yaguachi, los guayaquileños protestan algunas de las primeras medidas que toma Sucre como nuevo jefe militar, pero éste se defiende en carta dirigida a José Joaquín Olmedo, presidente de la Junta de Gobierno, fechada en Guayaquil el 30 de agosto de 1821, y le advierte que la campaña para la liberación de Quito no será fácil:

"La campaña de Quito no es tan fácil como V. E. quiere pintarla. El enemigo ha perdido una parte considerable de sus tropas; pero conserva aún suficientes, no sólo para defender posiciones, pero aun para dar una batalla".

Las palabras de Sucre resultan premonitorias, pues pocos días después, el 12 de septiembre, se produce la derrota de Huachi. Esta derrota hiere su orgullo y le hace defender con brío su reputación. En un largo parte al Vicepresidente de Colombia, fechado en Babahoyo el 18 de septiembre de 1821, explica la pérdida de la batalla de Huachi. Comienza por reconocer que cambió sus planes antes de la batalla por la presión de sus oficiales:

"Yo juzgué entonces inoportuno bajar de la cordillera a las llanuras de Ambato, temiendo comprometer un combate en el que las ventajas estaban para los 500 hombres de caballería que poseía el enemigo, y pensé en reducirme a observar de cerca sus maniobras.

El suceso de Yaguachi había enorgullecido a algunos jefes, excitado emulación en otros y en la tropa, y en todos se deseaba el combate; así fue que mi pensamiento se vio como una irresolución que alentaría al enemigo, que podía destruir a Illingrot, y que neutralizaría la campaña si permitíamos el paso del enemigo para Quito. Yo me confieso culpable de la debilidad de haber cedido mi opinión a la opinión general, porque determiné el 12 bajar de la Cordillera".

El resultado del combate fue desastroso para el ejército colombiano. Apenas se salvaron unos cien hombres de cerca de mil que entraron en combate. Sin embargo, Sucre no se atribuye la derrota a sí mismo sino a una imprudencia del general José Mires, al desobedecer sus órdenes y lanzar un ataque que desordenó las filas colombianas y las hizo fácil presa de las fuerzas enemigas:

"V. E. verá que esta acción se ha comprometido contra mis órdenes, y que se ha dado fuera de todo cálculo militar y de todas las reglas de la guerra; y que se ha perdido únicamente, porque no ha podido darse una regular dirección, variadas desde el principio mis disposiciones."

Consciente de su falta de responsabilidad en la derrota solicita un consejo de guerra para que se examine su actuación:

“Yo deseo, Excmo. Señor que mi conducta sea sometida a un consejo de guerra, porque el suceso del 12, manifiesta el resultado de una campaña tan mal dirigida cuanto no hubiese podido hacerlo un bisono; pero como hasta aquel día y en el combate mismo mis disposiciones me justifican, yo quiero el escudo de la justicia para conservar mi reputación.”

El mismo día, 18 de septiembre de 1821, se dirige a Bolívar en términos similares, explicándole la derrota de Huachi:

“Una imprudencia, que no ha sido mía, ha perdido la más bella ocasión de libertar a Quito, ha perdido la división y acaso va a mancillar mi reputación. Yo no trato, mi general, de excusar una responsabilidad que tengo delante del gobierno por mi comportamiento de esta campaña; al contrario, el reposo de mi conciencia en esta parte, me hace desear el escudo de la justicia para vindicar alguna acusación contra mis operaciones militares, que debieron satisfacer la confianza de Vd.; pero mi suerte, o tal vez el destino de que Vd. ha de ser el que en persona liberte toda la república, ha contrariado mis esperanzas; y una resignación a continuar constantemente mi trabajo y a sufrir esta desgracia, o más bien a repararla, tranquilizan un tanto mi alma.”

A raíz de la derrota en Huachi, afortunadamente la única batalla que perdió en todas las que dirigió, Sucre dedica todos sus esfuerzos a solicitar la colaboración de los guayaquileños y de las ciudades vecinas para rehacer el ejército patriota. Para mantener ocupado al ejército y alejarlo de las inclemencias del invierno que se avecinaba, piensa en una expedición a Panamá. La idea la manifiesta a Santander, en carta fechada en Babahoyo el 23 de octubre de 1821, pero no fue juzgada oportuna.

Sucre acuerda entonces una tregua con el coronel realista Carlos Tolrá, el 20 de noviembre de 1821, que le permitiría rehacer su ejército y le daría una importante ventaja estratégica. Bolívar le concede gran importancia a este armisticio y elogia la habilidad negociadora de Sucre:

“Su política logró lo que sus armas no habían alcanzado. La destreza del general Sucre obtuvo un armisticio del General español, que en realidad era una victoria. Gran parte de la batalla de Pichincha se debe a esta hábil negociación; por que sin ella, aquella célebre jornada no habría tenido lugar. Todo habría sucumbido entonces, no teniendo a su disposición el general Sucre medios de resistencia”.

(Bolívar, 1825: 3)

En diciembre de 1821, mientras se ocupa de reorganizar el ejército, se reactivan las pretensiones peruanas de anexarse Guayaquil. Sucre interviene para cortar esta discusión, insistiendo en que toda la energía debía ponerse en luchar contra el enemigo común que era España.

La situación política no fue obstáculo para que Sucre disfrutase de la vida social de Guayaquil. Sus buenos modales y su fino trato lo habían hecho merecedor de mucho éxito con las mujeres. Se le atribuía haber tenido una hija ilegítima en Cumaná con Ana María Zerpa. En Guayaquil corteja a Pepita Gaínza Rocafuerte, una de las damas más cultas de la ciudad, y tiene una hija en esta ciudad con Tomasa Bravo, a la que su madre pone por nombre Simona. La niña fue bautizada el 20 de abril de 1822, de cuatro días de nacida, y en la fe de bautismo se dice que es hija natural de Antonio José Sucre. Cuatro años después, muerta Tomasa, Sucre hace enviar a Simona a Quito para que la crién y la eduquen.

En diciembre de 1821, dos hermanas de Sucre, María Josefa y Aguasanta, perecieron ahogadas entre Cuba y Saint Thomas, cuando ya se preparaban para regresar a la recién liberada Venezuela.

La liberación **de Quito** (1822)

En enero de 1822 inicia Sucre la campaña para la conquista de Quito, situada a 2.850 metros sobre el nivel del mar. Le enorgullece saber que el ejército español ha designado para enfrentarlo al mariscal de campo Juan de la Cruz Mourgeon, a quien considera un hombre digno. En carta dirigida al mariscal Mourgeon, fechada en Guayaquil el 20 de enero de 1822, le dice:

“Me ha sido satisfactoria la noticia de haber llegado V. E. a esa ciudad, porque siempre es lisonjero tener por enemigo a un hombre liberal, mas bien que vasallos, que, o son ligados al servilismo, o aunque humanos por sentimientos, no aprovechan el uso de su filantropía.”

Se mueve con rapidez y habilidad. Toma a Cuenca en marzo de 1822. En esta ciudad emite una proclama para dar tranquilidad a la población, incluyendo a los desertores del ejército español, y promete el pronto reestablecimiento de la normalidad administrativa. También emite una orden, fechada en Cuenca el 10 de marzo de 1822, en defensa de los indios:

“Los indios serán considerados en adelante como ciudadanos de Colombia; y los tributos que hacían la carga más pesada y degradante a esta parte desgraciada de la América, quedan abolidos con arreglo a los decretos del Congreso General.”

Sucre tiene que actuar con energía para frenar los abusos de la tropa. En un bando fechado en Cuenca el 29 de marzo de 1822 ordena castigos severos a los soldados que robasen a la población:

“El soldado que tomase a cualquier ciudadano el valor de un real sufrirá la pena de doscientos palos, y el que robase el valor de más de un peso, será castigado con la de muerte.”

En Cuenca reviven las disputas por la anexión o no anexión a Colombia. Finalmente, se deciden por aceptar la protección de Colombia.

Cuando se dispone a seguir su marcha hacia Quito, es sorprendido por las dificultades con sus aliados peruanos, que le niegan el apoyo del batallón “Numancia”. Reclamando el apoyo peruano, necesario para la continuación de la campaña, se dirige primero al general Andrés de Santa Cruz, comandante general de la división del Norte del Perú, y luego al general San Martín, Protector del Perú. También informa de la situación al general Santander en Colombia; en carta fechada en Cuenca el 5 de abril de 1822 le advierte sobre las intenciones de los aliados peruanos:

“Muchos antecedentes tengo, y muchos avisos de las pretensiones de los mandatarios en el Perú, que me aseguran llevan sus miras no sólo sobre Guayaquil sino hasta retardar la campaña de Quito para impedir la aproximación de nuestro ejército y del Libertador.”

Cansado de esperar por el apoyo peruano, Sucre se pone en marcha sólo con tropas colombianas. Las tropas peruanas se le unirían después. Toma sucesivamente Riobamba y Latacunga, a fines de abril y comienzos de mayo de 1822. En Latacunga se dirige a doña María On-

taneda y Larraín, una dama influyente en la ciudad, para que coopere con la causa de la independencia.

Ya a las puertas de Quito, en carta a un confidente, fechada Cuartel General de Chillo, el 17 de mayo de 1822, Sucre expresa su confianza en la victoria y manifiesta una vez más su preocupación humanitaria:

“Yo tengo una seguridad de tomar a Quito por una batalla en que todas, todas las posibilidades me aseguran de la victoria. Con esta confianza he marchado desde Loja, hasta las puertas de la capital, en donde hemos encerrado al enemigo disminuido en una tercera parte a lo menos de su fuerza, cuando emprendimos la campaña; pero si yo pudiera ahorrar esta batalla en que de una y otra parte morirán ochocientos o mil americanos, lo haría con más gusto que dar otro laurel a la Republica.”

Luego cae sobre Quito, triunfando en Pichincha sobre el mariscal Melchor Aymerich el 24 de mayo del mismo año. En arriesgada y hábil maniobra, marcha con su ejército durante la noche y sorprende a los españoles atacándolos por donde no lo esperaban. En la jornada mueren cuatrocientos soldados españoles y doscientos soldados colombianos. En términos muy sobrios, Sucre informa del triunfo al coronel D. Bernardo Monteagudo, Ministro de Estado y Relaciones Exteriores del Perú, en carta fechada en Quito el 25 de mayo de 1822:

“La victoria esperó ayer a la división libertadora con los laureles del triunfo sobre las faldas del Pichincha. El ejército español que oprimía estas provincias ha sido completamente destruido en un combate encarnizado, sostenido por tres horas. En consecuencia, esta capital y sus fuertes están en nuestras manos, después de una capitulación que tuvimos la generosidad de conceder a los vencidos.”

El general venezolano Eleazar López Contreras, Presidente de la República entre 1936 y 1941, elogiaría la destreza militar de Sucre en la batalla de Pichincha en estos términos:

“Sucre, siempre imponiendo su voluntad y espíritu de maniobra, en el curso de su avance ofensivo, aprovecha el terreno y el empleo de sus tropas hasta deprimir la moral del adversario y su fuerza material”.

(López Contreras, 1944: 71)

En la campaña de Quito, Sucre demuestra su capacidad de liderazgo. Aprendió el oficio al lado de Bolívar y de los otros grandes jefes revolucionarios. Inspira a sus soldados mediante el ejemplo y la palabra. Entiende que debe dar dirección, pero a la vez debe responder a las necesidades de los individuos que constituyen el ejército. Está obsesionado con su trabajo y sirve de guía permanente a sus tropas. Es reconocido y aceptado como jefe por su experiencia, conocimientos y cualidades humanas.

En apenas cuatro meses de campaña, Sucre había logrado la conquista de Quito y la independencia de lo que hoy conocemos como Ecuador, consolidando además su incorporación a la Gran Colombia. El reconocimiento de Bolívar es rotundo:

“La campaña que terminó la guerra del Sur de Colombia, fue dirigida y mandada en persona por el General Sucre; en ella mostró sus talentos y virtudes militares; superó dificultades que parecían invencibles; la naturaleza le ofrecía obstáculos, privaciones y penas durísimas. Mas a todo sabía remediar su genio fecundo. La batalla de Pichincha consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor”.

(Bolívar, 1825: 3)

Bolívar, que había triunfado en Bomboná, se encuentra con Sucre en Quito el 16 de junio, y el 18 lo asciende a General de División y lo nombra Intendente del Departamento de Quito. En Quito conocen a Manuela Sáenz y a Mariana Carcelén, quienes serían sus respectivas compañeras en los últimos años de sus vidas.

Bolívar regresa a Guayaquil y deja a Sucre como Intendente de Quito. El 26 y 27 de julio de 1822 tiene lugar un evento trascendental en el futuro de la lucha en el sur de América: Bolívar y San Martín se entre-

vistan en Guayaquil. No se conocen bien todos los detalles de esa entrevista, aunque se suele afirmar que el ejército de San Martín no estaba en buenas condiciones y al no lograr éste el apoyo de Bolívar para continuar su misión, tuvo que retirarse. Lo cierto es que después de la entrevista San Martín abandona sus pretensiones de anexar Guayaquil al Perú y se retira a la Argentina, dejándole el campo libre a Bolívar para concluir la guerra de independencia en esa región.

El intendente **de Quito** (1822-1823)

Aunque Sucre había sido designado Gobernador de la Antigua Guayana en 1817, estuvo en el cargo menos de un mes, por lo que no puede considerarse esa una experiencia real de gobierno. Tampoco constituyen experiencias de gobierno civil las diferentes jefaturas militares que desempeñó antes de 1822. Por lo tanto, su actuación como Intendente del departamento de Quito es su primera prueba efectiva como gobernante.

Quito, capital del departamento que llevaba su nombre, era una importante y hermosa ciudad colonial. Numerosas e imponentes iglesias, amplias plazas, fuentes, jardines, casas con balcones y estrechas y empinadas calles proporcionaban una atmósfera señorial y cautivante. La tradición pictórica de la Escuela de Quito y la bulliciosa presencia indígena completaban un escenario muy grato a Sucre y a todos los que la conocían.

Al aceptar el nombramiento como Intendente, Sucre confiesa a Bolívar y a Santander las dudas sobre su capacidad para desempeñarse bien en el cargo. Educado en la milicia, no cree poseer los conocimientos necesarios para dirigir al pueblo de Quito. Sin embargo, manifiesta que pondrá en ello todo el empeño posible.

En una demostración más de su capacidad para ocuparse de distintos asuntos a la vez y dar tanta importancia a los asuntos cotidianos como a los asuntos de Estado, Sucre aprovecha una carta dirigida a Santander, fechada en Quito el 6 de julio de 1822, en la que acepta a regañadientes encargarse de la Intendencia de Quito, para pedirle que apruebe la solicitud de un cargo para su tío José Manuel en la administración de tabacos de Caracas:

"Vamos a un asunto muy particular. Yo tengo un tío en Caracas, hombre de muy buen talento, de una probidad ejemplar, de mucho juicio y de conocimientos en el ramo de hacienda en que se ha criado... La confianza que Vd. me ha dispensado y mi distinción a este tío que es el que más he amado porque es el que casi me ha educado, hacen que yo tome la libertad de recomendar a Vd. su solicitud."

Y la cosa no se queda allí, pues en la misma carta le encarga unas prendas militares:

"Yo deseara que Vd. me hiciera venir por Panamá, de Jamaica, una espada coronela, vaina de acero, un par de charreteras y trenzas para un dolman."

Volviendo a la preocupación de Sucre por su nuevo cargo, se siente inseguro ante las intrigas políticas y ante las aspiraciones de los quiteños de ocupar empleos que el Departamento no puede pagar. En su desesperación, Sucre recomienda que Urdaneta sea designado para reemplazarlo como Intendente de Quito, pero su solicitud no prospera.

Sucre desconfía del Obispo de Quito, que se muestra enemigo de Colombia y pretendía exagerados beneficios para el clero, y hasta llega a decir, en carta a Santander fechada en Quito el 21 de julio de 1822:

"Yo digo a Vd. la verdad: no mantengo con este Obispo el menor resentimiento porque particularmente nada me ha hecho; pero tengo un tal convencimiento de su maldad, que si me fuerzan a vivir con él en Quito, no respondo del día en que lo tire por la escalera por canalla. Vd. conoce que yo no soy exaltado, pero no puedo aguantarlo."

El 6 de octubre del mismo año, escribiría con satisfacción a Santander:

"Se fue el Obispo, y gracias a Dios que estamos libres de tan mal bicho. Dios quiera llevarlo a España, o al Cielo si fuese mejor."

A pesar de su inconformidad con el cargo y de la oposición de algunos quiteños, que preferían ver a uno de los suyos al frente del Departamento de Quito, Sucre emprende una positiva obra de progreso. Funda el periódico *El Monitor Quiteño*, reconociendo así la importancia de la prensa para el progreso cultural y el ejercicio de la libertad de expresión de los ciudadanos. Instala en Quito la Sociedad Económica. Preside unas elecciones libres para instalar la asamblea provincial y el cabildo. Demostrando su obsesión ética, vigila celosamente la correcta administración de la hacienda pública. Mejora algunos servicios públicos. Quizás recordando la labor de su tía abuela María de Alcalá Rendón, se ocupa considerablemente de la educación pública, aumentando los escasos fondos de la Universidad de Quito y creando en ella la cátedra de derecho civil, fundando numerosas escuelas y concediendo becas para los indios. Para el fomento de la instrucción pública en la provincia de Quito, designa el 19 de octubre de 1822 una Junta compuesta por el Rector de la Universidad, el gobernador del obispado, el ministro decano de la corte de justicia y los dos rectores de los colegios.

En su labor administrativa, Sucre exige mayor dedicación e informes precisos a sus colaboradores y no se conforma con que le den cuenta de manera general sobre las distintas materias. Como ejemplo de ello, en carta dirigida a los miembros del cabildo de Otavalo, fechada en Quito el 21 de septiembre de 1822, reclama:

"La contestación de Vds. del 17 de setiembre no es correspondiente a los objetos sobre que yo he preguntado en mi comunicación relativa a que Vds. me informen sobre las escuelas del cantón. En uno de sus párrafos se dice: "En todas las demás parroquias hay escuelas privadas pagadas por los discípulos". No es esto lo que yo quiero saber, sino que

se me digan materialmente cuántas escuelas hay, en donde están, quienes son los maestros, qué enseñan, qué es lo que ganan, de dónde se les paga, qué método de enseñanza se observa, etc., pues me ha sido muy doloroso conocer el poco interés del cabildo por el bien público como se demuestra de la insulsa, insignificante, y mal explicada razón que se me ha remitido.”

Tampoco acepta excusas en el cumplimiento de las órdenes. En carta dirigida al juez político de Otavalo, fechada en Quito el 6 de octubre de 1822, le advierte:

“He visto con sorpresa la contestación que Vd. da a la orden reservada que se le comunicó para la prisión de los españoles residentes en ese cantón, y las excusas débiles o sospechosas que se expresan no lo absuelven a Vd. de las responsabilidades en que se halla por no haber cumplido esta disposición. En cuya virtud prevengo a Vd. que si a los dos días de haber llegado ésta a sus manos no está perfectamente satisfecha aquella orden, se presentara en esta capital entregando el mando del cantón a otro alcalde o al regidor más antiguo para que siguiéndosele aquí la correspondiente sumaria se declare si un ciudadano que manifiesta tan poco celo e interés en el cumplimiento de las determinaciones del gobierno es o no digno de obtener confianza alguna de él.”

La experiencia como Intendente del departamento de Quito prepara a Sucre para una gestión de gobierno más importante, la Presidencia de Bolivia, y le permite comenzar a poner en práctica sus ideas políticas. Aunque, como aristócrata que era, Sucre no trató de violentar demasiado los privilegios de la clase alta, sí procuró destruir el sistema colonial y reemplazarlo con una organización social moderna, no solamente en el orden político y en el económico, sino también en el cultural.

En carta fechada en Cuenca el 27 de octubre de 1822, Bolívar le dirá a Urdaneta:

“Sucre está adorado de todo el mundo y tiene cualidades admirables para gobernar”.

También le refiere la misma opinión a Santander. Una vez más, Sucre ha respondido a la confianza de su jefe.

Los tiempos no son de paz y Sucre debe combinar la acción administrativa con la militar. Pasto se subleva y Sucre acude a resolver esa situación. Sin embargo, como hemos dicho, Sucre no olvidaba lo real y cotidiano por ocuparse de sus grandes deberes; por eso escribe con cierta picardía sobre unas amigas comunes en Guayaquil al comandante Daniel F. O'Leary, en carta fechada en Tulcán el 18 de noviembre de 1822, y desde Túquerres, el 11 de diciembre de 1822, solicita algunos víveres para él y un vistoso uniforme para el general Salom:

"No deje de mandar de semana en semana algún vinito y café que son las cosas que por aquí no hay... Hágame Vd. el favor de hacer cortar de paño de motilla una casaca (por el cuerpo de Heres), para el general Salom, y mándela al bordador que trabajó mi casaca encarnada para que borde el cuello, vuelta y orillas, añadiendo por la orilla del pecho el mismo bordado del cuello como lo tiene el retrato del General Santander. La dicha casaca para el general Salom es toda azul. Si Ramón tiene aún en su poder un corte de paño azul sin cortar, y es tan bueno como el de motilla servirá para esta casaca de Salom y entonces quedará el de motilla para una levita".

En una acción rápida, Sucre acaba con la rebelión de Pasto, tomando posesión de la ciudad el 24 de diciembre de 1822. Muestra su satisfacción por el escaso número de víctimas en esa operación, en carta dirigida a Santander y fechada en Pasto el 27 de diciembre de 1822:

"Vd. puede suponer que estaré muy contento con la toma de esta ciudad del modo que la he realizado, cuando todos pensábamos perder 3 o 400 hombres en las posiciones que el enemigo había fortificado para defenderse. Sorprender esos puestos de día y derrotar una división, ocupando una provincia como ésta con sólo 8 muertos y 24 heridos, ve Vd. que es una fortuna, y más fortuna lograr una operación tan exactamente como la había meditado. Ojalá quiera el cielo hacerme siempre tan feliz en el sur."

Era evidente que Sucre se sentía mucho mejor en la guerra que en la administración civil.

Bolívar, que todavía se encontraba cerca, llegó a Pasto poco después que Sucre y aprobó el indulto que éste había dado en favor de todos cuantos se sometieran al régimen republicano, pero ordenó confiscar los bienes de los más reacios e impuso mayores tributos a la provincia.

De regreso en Quito, Sucre protesta ante la pretensión de los peruanos de atribuirse mayores méritos que los colombianos en la victoria de Pichincha. Por otra parte, su salud, que ya era mala, empeora y se retira a descansar en una hacienda cercana a Quito.

Las necesidades de recursos para sostener al ejército y llevar adelante la campaña libertadora hacia el Perú, obligan a imponer grandes sacrificios económicos a los ciudadanos del departamento de Quito. En círculo vicioso, estos requerimientos a su vez exigen mantener tropas colombianas en Quito, pues de lo contrario podría ocurrir una sublevación contra Colombia; por ello, se debe entonces reclutar muchos jóvenes en Ecuador para satisfacer las demandas de tropas. Estos agravios se hacen con no pocos excesos y abusos, por lo que Sucre debe actuar con habilidad para evitar el desorden y calmar los ánimos.

Poco menos de un año duró la gestión de Sucre al frente de la Intendencia de Quito. En ese tiempo, no sólo ejerció una buena labor de gobierno sino que se comprometió con la que luego sería su esposa, Mariana Carcelén y Larrea, marquesa de Solanda y marquesa de Villarrrocha. Mariana tenía diecisiete años, diez menos que Sucre. Rica, alegre y vanidosa, era una de las muchachas más codiciadas de la ciudad en ese momento. Pero Sucre debía marcharse de Quito y el matrimonio no tendrá lugar sino casi seis años más tarde.

La confusión en el Perú (1823)

Luego de una eficiente labor administrativa como Intendente de Quito y dominar la sublevación de Pasto, Sucre recibe órdenes del gobierno de Colombia para colaborar en la liberación definitiva del Perú, único país de América del Sur que permanecía bajo el poder de los realistas en 1823. Bolívar había logrado en Guayaquil que el general argentino José de San Martín le dejase el campo libre en Perú y le encierra la misión a Sucre.

Sucre llega a Lima a comienzos de mayo de 1823. El joven general venezolano tuvo que enfrentar una situación caótica en Perú. Apenas tres meses antes se había producido allí un golpe de estado, mediante el cual un grupo de militares, encabezados por el general Andrés de Santa Cruz exigió al Congreso destituir a la Junta de Gobierno y nombrar a José de la Riva Agüero como jefe supremo. Las tensiones internas entre militares y civiles se complicarían aún más tras la llegada de Sucre.

Presintiendo las dificultades pero decidido a enfrentarlas, Sucre advierte a Santander, antes de llegar, en carta fechada en Guayaquil el 14 de abril de 1823:

“La comisión que llevo tiene espinas, y yo tengo la experiencia de lo que es lidiar con gobierno extraño, mas es preciso servir, y nuestra posición en el sur puede volverse difícil si no la atendemos mucho. Yo trabajaré cuanto esté a mi alcance y si no llegase a satisfacer los deseos del Libertador y los intereses de la república no será por falta de mis diligencias.”

Apenas llega le escribe a Bolívar, en cartas fechadas en Lima el 7, 9 y 10 de mayo de 1823, describiéndole la confusión reinante: el ejército sin jefes, el país dividido en partidos, el Congreso enfrentado al Ejecutivo, las tropas sin recursos. Sucre piensa que sólo Bolívar puede hacer frente a tan grave situación:

“Al mismo tiempo que he presentado los males y los bienes de la venida de Vd. añadiré: que si Vd. no viene, esto no lo compone nadie, y en la disolución, que es probable, será envuelta la división colombiana, que después de cien combates y de cien victorias perecería bajo intrigas y partidos, y nuestro pobre Sur sería la presa de los enemigos.”

Pero Bolívar no vendrá, por lo menos no de inmediato (en efecto, llegaría cuatro meses después), y Sucre deberá enfrentar por su cuenta la difícil situación que reina en Lima. Y como lo había hecho en Guayaquil lo hará en Lima, sorteando con habilidad la crisis, actuando con gran sagacidad.

Al ser presentado por el Presidente del Perú a los jefes y corporaciones de la república y luego al presentarse ante los señores diputados del soberano congreso del Perú, Sucre da muestras de dominio del lenguaje diplomático. En esos discursos, apela a la unidad de los pueblos americanos, se identifica con la causa de los peruanos, les expresa sentimientos de admiración y respeto, pone las tropas colombianas al servicio del Perú y testimonia su gratitud por la confianza en las virtudes militares del Libertador.

En su presentación a los jefes y corporaciones de la república, el 11 de mayo de 1823, comienza sus palabras con unas frases que pueden servir de modelo a la gestión de todo diplomático:

“Ningún mensaje más agradable para un americano, que aquel cuyo objeto sea estrechar las relaciones de pueblos hermanos que, iguales en las desgracias y en la esclavitud, son llamados por su naturaleza a identificar su causa, su independencia y su gloria.”

En carta dirigida a los diputados del congreso de Perú, fechada en Lima el 22 de mayo de 1823, Sucre agradece la oportunidad de haberles presentado los sentimientos de admiración y respeto de Colombia hacia el cuerpo representativo de la familia peruana, así como los testimonios de gratitud hacia el Libertador recibidos a cambio por parte de ese cuerpo.

A pesar del cortés recibimiento del que fue objeto, entre esos dos actos protocolares Sucre no deja de preocuparse por los problemas que observa y en una nueva carta a Bolívar, fechada en Lima el 15 de mayo de 1823, expresa su inquietud por la moral del ejército:

“Aunque me sea doloroso decir mi opinión, mi simple opinión respecto a la moral del ejército, debo exponerla a Vd. Yo creo que a muy pocas excepciones, la ambición de la gloria militar y espíritu de honor nacional están muy cambiados por miras particulares, y que la guerra del Perú tiene el aspecto de unos negociadores con tropas a su mando para llevar a cabo sus empresas de fortuna. Será uno de los trabajos de Vd. destruir este sentimiento fatal a la disciplina, e inspirar la buena moral que debe caracterizar a un ejército que se llama Libertador, y que si no observa una conducta correspondiente a su título, convertirá los pueblos patriotas en enemigos de los independientes.”

Con muy buen juicio, Sucre advertía las dificultades que se abatirían posteriormente cuando los jefes militares, no sólo en Perú sino en las demás naciones, actuasen más en beneficio personal que en interés por el colectivo.

Ante la difícil situación política en el Perú, Sucre se mostró respetuoso y neutral. El 24 de mayo de 1823 rechaza el nombramiento de general en jefe del ejército unido. Ofreció el respaldo militar de Colombia, pero bajo las instrucciones de las autoridades peruanas. Al evitar involucrarse en la confusión existente y demostrar que no tenía

ambiciones políticas, logró la confianza de los bandos en pugna. Además, tenía órdenes de no involucrarse en los problemas internos del Perú:

“El general Sucre tenía órdenes positivas de su Gobierno de sostener al de Perú, pero de abstenerse de intervenir en sus diferencias intestinas; ésta fue su conducta invariable, observando religiosamente sus instrucciones”.

(Bolívar, 1825: 5)

Sin embargo, es proclamado Jefe Supremo Militar, pese a su renuencia a aceptar el cargo. Bolívar deja constancia de su resistencia a tomar el mando:

“Apenas llegó a esta capital, cuando el Gobierno del Perú le instó, repetida y fuertemente, para que tomase el mando del ejército unido; él se denegó a ello, siguiendo su deber y su propia moderación, hasta que la aproximación del enemigo con fuerzas muy superiores convirtió la aceptación del mando en una honrosa obligación. Todo estaba en desorden; todo iba a sucumbir sin el jefe militar que pusiese en defensa la Plaza del Callao, con las fuerzas que ocupaban esta capital. El General Sucre tomó, a su pesar, el mando.”

(Bolívar, 1825: 4)

Al asumir el mando del ejército unido, como era su estilo, Sucre propuso una negociación al virrey José de La Serna, teniente general de los ejércitos españoles, en carta que le dirige fechada en Lima el 27 de mayo de 1823. Ese mismo día, en un gesto insólito, pero que demostraba la superioridad del espíritu de Sucre, se dirige al general en jefe español José de Canterac, otro joven como él pero en el bando contrario, ofreciéndole su amistad al terminar la guerra:

“Nada me resta sino acreditar a Vd. cuan plausible me sea el que por incidencias de una guerra ya terminada en mi país y próxima a finalizar en toda la América del mediodía, me vea en un contacto inmediato con Vd. a quien personalmente me honro de

profesar una consideración muy distinguida... Las virtudes militares de un guerrero, siempre son estimables y no están en contradicción con las relaciones privadas entre sociedades que sólo se diferencian por sus opiniones divergentes."

Sucre es víctima de numerosas intrigas políticas, pero no le hacen decaer. Son meses difíciles y de dura prueba para el ánimo del joven oficial venezolano, resistiendo a la vez el acoso de los españoles y la confusión de los peruanos.

El 18 de junio de 1823 las fuerzas españolas, al mando de Canterac sitián Lima. La confusión en el lado peruano es grande, pero Sucre ordena la salida del ejército de Lima, para salvarlo, y decide defender el Callao. Se pierde Lima, pero se salva el ejército, como orgullosamente informa Sucre a Bolívar en carta fechada en el Callao el 19 de junio de 1823. En la misma carta le advierte:

"El Callao es actualmente una confusión. Manda el presidente (Riva Agüero), manda el marqués de Torre Tagle como gobernador de la plaza, aunque está enfermo en cama, y mando yo las tropas. Con desorden tal, es fácil concebir cual resultado tenga."

Sucre defiende la Plaza del Callao, mientras le pide a los bandos peruanos que diriman sus diferencias en otra parte:

"El, pues, tomó la resolución de defender la plaza, con tal de que las autoridades supremas la evacuasen, como ya se había determinado de antemano por parte del Congreso y del Poder Ejecutivo. Aconsejó a ambos cuerpos que se entendiesen y transigiesen sus diferencias en Trujillo, que era el lugar designado para su residencia".

(Bolívar, 1825: 5)

El 22 de junio de 1823, el Congreso del Perú asigna a Sucre mayores facultades, pero éste declina aceptar el ofrecimiento en carta que les dirige el día siguiente, amenazando más bien con llevarse su ejército a Colombia si continúa la falta de entendimiento entre los dirigentes políticos:

“Y para decirlo de una vez: si estas discusiones continúan con el aspecto que les observo, mi único partido será restituir a su patria a los soldados colombianos, para evitarles la deshonra de empeñar sus armas en guerras civiles.”

La situación política aparentemente se normaliza y Sucre se prepara para entrar en combate. Acude en auxilio del general Santa Cruz, que había iniciado operaciones en el sur del Perú. Se pone en marcha en julio de 1823 con tres mil colombianos y chilenos. Sus instrucciones al general Alvarado y a los demás comandantes de la expedición son escritas y muy precisas, previendo incluso cualquier contingencia. Como dato curioso, deja la mayor parte de su ropa en poder del general Valdés, y se lleva cuatro casacas, doce camisas, catorce calzones, treinta y nueve pañuelos, dieciocho pares de medias, tres pares de zapatos y uno de botas, una espada con vaina de acero y algunas otras prendas más, como consta en un apunte de ropa fechado en El Callao el 18 de julio de 1823.

Desembarca en el puerto de Quilca y toma la ciudad de Arequipa el 30 de agosto de 1823. En una carta dirigida al Ayuntamiento de Arequipa, fechada en esa ciudad el 5 de septiembre de 1823, se queja de la falta de apoyo material a la causa de la independencia:

“Después de agotados los medios de suavidad para excitar el patriotismo de este vecindario a socorrer las tropas libertadoras, apenas se ha producido un miserable donativo que a nada alcanza, me veo colocado en el terrible conflicto de ocurrir a otras medidas, o de dejar perecer y destruir el ejército. En tal estado la elección es por sí sola decidida. Admira que un pueblo patriota que sofocado por las exacciones y vejaciones del gobierno español, ofrecía sus auxilios a sus conciudadanos (armados) venidos para expulsar a los opresores, se haya mostrado en los momentos más precisos un frío espectador de la contienda en que está interesada su suerte y su tranquilidad.”

Los ejércitos de Sucre y Santa Cruz no logran coordinar sus operaciones y a fines de septiembre la campaña de Santa Cruz termina en un completo fracaso. A comienzos de octubre se reúne Sucre con San-

ta Cruz y Gamarra en Moquegua, pero ya no hay nada que hacer, por lo que Sucre inicia su retirada; por cierto, una retirada muy oportuna y segura, que le permitió salvar parte del ejército.

Bolívar había llegado el 1º de septiembre a 1823 al Perú y fue designado como jefe supremo de las armas. Sucre le informa a Bolívar sobre su conducta y operaciones en la expedición del sur del Perú, malograda por los acontecimientos señalados, y éste las aprueba completamente.

Mientras todas estas peripecias ocurren, Sucre se entera de que a Mariana Carcelén, su prometida en Quito, se le ha presentado una buena oportunidad de matrimonio y le escribe preocupado a su amigo el coronel Vicente Aguirre, en carta fechada en Pisco el 1º de noviembre de 1823, pidiéndole que interceda para conservar su amor.

El ánimo de Sucre decae aún más cuando se siente ofendido por unos párrafos del mensaje al Congreso de Colombia del general Pedro Briceño Méndez, Secretario de Guerra, haciendo referencia a la derrota en Huachi, y los interpreta como acusaciones de incapacidad militar en su contra. En carta dirigida a Santander, fechada en Lima el 10 de noviembre de 1823, le expone su molestia y su deseo de retirarse. La carta contiene una frase muy propia de la dignidad de Sucre:

“Un soldado cultivando la tierra después de trece años de combate, pasará por un espectáculo de honradez en una república naciente.”

La petición de retiro de Sucre no es aceptada y, en cambio, Bolívar le encarga del mando de la división de Colombia en el Perú. En carta dirigida a su amigo el coronel Vicente Aguirre, fechada en Huarás el 25 de noviembre de 1823, Sucre le dice que se verá obligado a aceptar el nombramiento por servir a la amistad del Libertador, pero que su verdadero deseo sería dedicarse a las faenas del cultivo:

“Creo que sería estimable en mi conducta reducirme a un labrador de Quito o de Cumaná.”

Bolívar y Sucre tuvieron que enfrentar toda suerte de dificultades en ese tiempo, incluyendo la anarquía, la insubordinación y las intrigas. Riva Agüero y Torre Tagle enfrentados entre sí por el poder en el Perú, sólo coincidían en considerar como enemigos a Bolívar y a Colombia. Los españoles aprovechaban esa confusión para hacer creer a los peruanos que su guerra debía ser con Colombia y no con España.

Bolívar le pide a Sucre que arreste a Riva Agüero pero éste no está de acuerdo con enfrentar directamente a Riva Agüero, pues tal acción podía ser interpretada como una venganza personal de Sucre ante las calumnias que en su contra había proferido aquél. Bolívar entendió esas razones y así lo referiría mas tarde en su biografía de Sucre. Afortunadamente para ambos, uno de los oficiales de Riva Agüero, el coronel Gutiérrez de La Fuente, lo hizo prisionero, evitándoles la interferencia en ese asunto. Más tarde ocurriría la deserción de Torre Tagle.

Sucre vuelve a tomar el mando del ejército, pero se ve obligado a descansar en Yungay de los efectos de las marchas a caballo. Nunca se acostumbró mucho a andar a caballo, como lo reconoce en carta al coronel Diego Ibarra, fechada en Yungay el 22 de diciembre de 1823:

“Yo he tenido la paciencia de estarme aquí 17 días para ver si me curaba, porque la andadera a caballo me hace mucho mal; pero ya cansado de que nada me pone bueno, voy a marcharme mañana a pasar pascuas por ahí andando a Huanaco. He tenido aquí la vida de un buen fraile a ver si me ponía en estado de combate. “

La campaña del sur **del Perú** (1824)

A pesar de no estar todavía completamente restablecido, desde el 1º de enero de 1824 Sucre se ocupa de las cosas que puede necesitar el ejército. Las casas para alojar a los soldados, los zapatos y los uniformes, el transporte de los hospitales y hasta las herraduras para los caballos son objetos de su preocupación.

Bolívar reconoce la labor de Sucre en el mando del ejército, lo que hace con gran eficiencia y sin mayores sacrificios para la población:

“Sucre volvió a tomar el mando del ejército; lo acantonó en la provincia de Huailas donde se le ordenó; allí su economía desplegó todos sus recursos para mantener con comodidad y agrado las tropas de Colombia. Hasta entonces aquel departamento había producido muy poco o nada al estado. Sin embargo, el general Sucre establece el orden más estricto para la subsistencia del ejército, conciliando a la vez el sacrificio de los pueblos y disminuyendo el dolor de las exacciones militares con su inagotable bondad y con su infinita dulzura. Así fue que el pueblo y el ejército se encontraron tan bien, cuanto las circunstancias lo permitían”.

(Bolívar, 1825: 7)

En carta dirigida a Bolívar, fechada en Yungay el 25 de febrero de 1824, Sucre realiza un interesante análisis de la situación política del momento, que incluye consideraciones sobre los efectos que pueden tener, para el movimiento de independencia, factores tales como los acontecimientos en España y la formación de la Santa Alianza en Europa, las pretensiones de Francia de apoderarse de Colombia y el acercamiento del gobierno inglés. Sucre se muestra impaciente por discutir todos estos temas personalmente con Bolívar, preocupado por la suerte de las naciones que estaban liberando.

Sucre despliega una febril actividad al frente del ejército, pero su sentido de la eficiencia se rebela de pronto ante la sobrecarga de trabajo, particularmente del trabajo de oficina que tanto desprecia. En carta dirigida a Bolívar, fechada en Huarás el 24 de marzo de 1824, le dice:

“Yo serviría todo si me fuera dable hacerlo, pero el trabajo de oficina me quita tres partes del tiempo que debía ocupar en el trabajo activo del ejército. Por despachar con prisa y solo no dejo borrador de nada, nada más que de las comunicaciones de importancia a V. S. y al estado mayor libertador. Lo peor de todo es que no teniendo tiempo para todo, todo queda mal hecho, y el ejército sufre en su servicio lo que no debiera sufrir si yo pudiera dedicarme sólo, como debía, al trabajo activo en él.”

Una semana después, el 31 de marzo de 1824, envía carta desde Huarás al coronel José Gabriel Pérez, quejándose del desorden y de las malas decisiones del estado mayor general, particularmente en cuanto a la promoción de los oficiales, tomadas sin consultar a los generales en jefe del ejército.

Luego Sucre, en su condición de Comandante General del Ejército Unido, acompaña a Bolívar en las operaciones que condujeron a la victoria de Junín, ocurrida el 6 de agosto de 1824. Sucre comandaba la infantería y no tuvo necesidad de intervenir en la batalla, porque la caballería patriota, que iba bastante adelante, decidió por sí sola el triunfo.

O'Leary, en sus *Memorias*, elogiaría el comportamiento de Sucre en ese difícil período, trabajando sin descanso en la exploración del terreno, la obtención de recursos y la elaboración de los planes de guerra.

Poco después de la batalla de Junín, Bolívar ordena a Sucre reunir a los soldados que quedaron retrasados y ocuparse de los enfermos y convalecientes que iban en la retaguardia, para conducirlos al cuartel general. Sucre se dispone a ejecutar la orden, pero expresa su desagrado a Bolívar, ya que considera la misión indigna de su rango. Bolívar pone fin a este curioso incidente, señalándole en carta fechada en Huamanga el 4 de septiembre de 1824:

“Esta es la sola cosa que usted ha hecho en su vida sin talento. Creo que a Vd. le ha faltado completamente el juicio cuando Vd. ha pensado que yo he podido ofenderle. Estoy lleno de dolor por el dolor de Vd., pero no tengo el menor sentimiento por haberle ofendido. La comisión que he dado a Vd. la quería yo llenar; pensando que Vd. la haría mejor que yo, por su inmensa actividad, se la conferí a Vd. más bien como una prueba de preferencia que de humillación. Vd. sabe que yo no sé mentir, y también sabe Vd. que la elevación de mi alma no se degrada jamás al fingimiento: así que debe Vd. creerme ... Si usted quiere venir a ponerse a la cabeza del ejército, yo me iré atrás, y usted marchará adelante para que todo el mundo vea que el destino que he dado a usted no lo desprecio para mí”.

A fines de octubre de 1824, los realistas reanudan su ofensiva desde el Cuzco. Bolívar, separado del mando del ejército por decisión del gobierno de Colombia, envía a Sucre a hacerles frente. Esta separación es repudiada por un grupo de oficiales encabezados por Sucre, quienes así se lo manifiestan al Libertador el 10 de noviembre de 1824.

Sucre queda encargado de la campaña y se pone en marcha hacia el sur. Con un ejército menos numeroso, aunque en él participaban fuerzas de catorce naciones latinoamericanas, además de algunos europeos, Sucre engaña al enemigo mediante hábiles maniobras, buscando la oportunidad propicia para enfrentarlo. Bolívar reconocería una vez más la gran habilidad de Sucre:

“Cuando el Libertador lo dejó encargado de conducir la campaña durante el invierno que entraba, el General Sucre desplegó todos los talentos superiores que lo han conducido a obtener la más brillante campaña de cuantas forman la gloria de los hijos del nuevo mundo. La marcha del ejército unido desde la provincia de Cochabamba hasta Huamanga, es una operación insigne, comparable quizá a la más grande que presenta la historia militar. Nuestro ejército era inferior en mitad al enemigo, que poseía infinitas ventajas materiales sobre el nuestro. Nosotros nos veíamos forzados a desfilar sobre riscos, gargantas, ríos, cumbres, abismos, siempre en presencia de un ejército enemigo, y siempre superior. Esta corta, pero terrible campaña, tiene un mérito que todavía no es bien conocido en su ejecución: ella merece un César que la escriba.”

(Bolívar, 1825: 8)

Finalmente, Sucre derrota al enemigo el 9 de diciembre en el campo de Ayacucho, logrando la capitulación del virrey La Serna. En la batalla de Ayacucho exhibió Sucre todo su arrojo y conocimiento del arte de la guerra. No hay duda de que Sucre conocía muy bien este arte.

Mientras se libraba la guerra de independencia en la América española y totalmente ajeno a ella, el general prusiano Karl von Clausewitz (1780 – 1831) dirigía la Escuela Militar de Berlín y escribía su famoso libro *De la guerra*, en el que presentó con gran claridad y lucidez los principios de estrategia, defensa y ataque en la guerra. La planificación y ejecución de la batalla de Ayacucho parece un modelo que podría haber servido a Clausewitz para ilustrar cada uno de sus principios. Sucre midió conscientemente la capacidad de sus fuerzas y las del enemigo. Consideró la influencia del terreno. Elevó el estado de ánimo de su ejército y debilitó el de los realistas, sometiéndolos a agotadoras marchas antes de la batalla. Demostró que la audacia, la perseverancia, la sorpresa y la concentración de fuerzas en el espacio y en el tiempo pueden compensar la inferioridad numérica. Ordenó un ataque a fondo, con el propósito de destrozar las columnas del enemigo antes de que éstas se pudiesen desplegar y superarlo por su mayor número de combatientes.

El éxito de Ayacucho fue rotundo. 6.000 efectivos del ejército libertador vencieron a 10.000 soldados españoles. El ejército patriota perdió sólo 300 hombres y en su poder quedaron 2 tenientes generales, 5 mariscales, 12 generales de brigada, 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 547 mayores y oficiales y 6.000 prisioneros de tropa, aparte de inmensa cantidad de fusiles y de todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían los realistas. 2.000 cadáveres enemigos quedaron en el campo de batalla.

Como dato interesante, la fuerza que dirigió Sucre en Ayacucho era verdaderamente multinacional:

“Bajo las órdenes de Sucre combatió una verdadera representación de la unidad continental en oficiales provenientes de Venezuela, Colombia, Ecuador, Panamá, Guatemala, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil, Curazao, Puerto Rico y México; además de otros procedentes de distintas naciones de Europa.”

(Salcedo- Bastardo, 1997: 1195)

Cuatro horas después del combate, Sucre escribe una carta a Bolívar informándole de la victoria. Al día siguiente, le envía otra carta que al igual que la anterior es característica del estilo directo y preciso de Sucre. Ella comienza con este trascendental mensaje:

“Está concluida la guerra, y completada la libertad del Perú. Estoy más contento por haber llenado la comisión de usted que por nada”.

Y termina diciendo:

“Por premio para mí pido que usted me conserve su amistad”.

La perfecta disposición de la batalla de Ayacucho y su excelente ejecución merecerían los mayores elogios por parte de Bolívar:

“La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta, y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años, y a un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos. Ayacucho, semejante a Waterloo, que decidió el destino de Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla y contemplarla sentada en el trono de la libertad, dictando a los americanos el ejercicio de sus derechos, y el imperio sagrado de la naturaleza”.

(Bolívar, 1825: 8 y 9)

El 11 de diciembre de 1824, Sucre envía un informe pormenorizado de la batalla de Ayacucho al Ministro de la Guerra, que concluye con estas palabras:

“La campaña del Perú está terminada: su independencia y la paz de la América se han firmado en este campo de batalla. El ejército unido cree, que sus trofeos en la victoria de Ayacucho sean una oferta digna de la aceptación del Libertador de Colombia”.

La victoria no sólo confirmó la independencia del Perú sino que consolidó la emancipación de las hasta entonces colonias españolas en América del Sur. Consciente de ello, Sucre dejó en libertad a los prisioneros, invitando a todos a olvidar los errores, las discordias y las tristezas de tan cruenta guerra. La capitulación de Ayacucho fue firmada por el teniente general José Canterac, a quien Sucre le había ofrecido continuar relaciones de amistad después de la guerra. Canterac suscribió la capitulación por haber sido herido el virrey José de la Serna.

El secretario de Sucre, José María Rey de Castro, escribiría muchos años después con respecto a esta capitulación:

“No sólo accede (Sucre) a los deseos insinuados por los rendidos, sino que en muchos casos los amplía en su favor. La historia fallará si es más grande el General Sucre como

hombre de guerra en el campo de batalla, o como gran político estipulando la capitulación.”

(Rey de Castro, 1995: 29)

El Congreso del Perú le dio entonces el grado de Gran Mariscal de Ayacucho, ratificando una decisión de Bolívar. Era la culminación de una exitosa carrera militar. El grado de Mariscal había sido en las cortes de Europa un título honorífico hasta que Napoleón lo utilizó para designar a sus principales oficiales, llamándolos “mariscales de campo”. Esa denominación fue adoptada inmediatamente, entre otros ejércitos europeos, por los españoles. En América no era muy conocido todavía, por lo que Sucre tuvo que explicarle a sus amigos que equivalía a General en Jefe, es decir al más alto grado en el ejército.

La creación **de Bolivia** (1825-1826)

Luego de consumada la liberación de Perú, tras la victoria de Ayacucho, Sucre le pide a Santander y a Bolívar que le concedan su retiro del ejército para irse a Quito y casarse con Mariana Carcelén. Pero Bolívar se empeña en que siga al Alto Perú y logra convencerlo y mantenerlo a la cabeza del ejército.

El 20 de diciembre de 1824, a menos de dos semanas de la victoria de Ayacucho, Sucre se pone en marcha. Entra triunfante en el Cuzco. Desde allí propone al general Pedro Antonio Olañeta, uno de los últimos oficiales realistas en armas, un arreglo que evite la guerra en el Alto Perú. Olañeta se niega a reunirse con Sucre y éste se ve obligado a marchar hacia allá con el objeto de redimir estas provincias del poder español. Sale del Cuzco el 19 de enero de 1825 y el 21 recibe, con dolor y con más de seis meses de atraso por la inmensa distancia geográfica que lo separaba de Cumaná, la noticia de la muerte de su padre, ocurrida el 2 de julio de 1824.

El río Uncachirí se encontraba crecido y por poco impide la marcha de las tropas, pero finalmente logran pasarlo en unas balsas proporcionadas por indígenas locales. Luego pasan el Desaguadero y continúan hacia Quiquijana, Puno y La Paz, adonde llegaron en febrero de

1825. Sucre, que era aficionado a la arqueología, se maravilla en el trayecto con los distintos monumentos que va encontrando, sobre todo con las ruinas de Tiahuanaco; preocupado por el abandono y el deterioro de esas ruinas, recomienda a las autoridades locales poner el mayor esmero en cuidar de su conservación.

Sucre es recibido con gran alegría en La Paz y no podía ser de otro modo, pues la ciudad donde comenzaron los movimientos revolucionarios de la independencia, el 16 de julio de 1809, todavía se encontraba en poder de los españoles.

El 9 de febrero de 1825, Sucre emite un decreto en La Paz en el que afirma la soberanía del Alto Perú y convoca a una asamblea de diputados para que decida su destino. Era la primera señal de la intención de crear una república aparte, que más adelante tomaría el nombre de Bolivia.

El 14 de febrero de 1825, el Congreso de Colombia lo asciende a General en Jefe. Este grado, equivalente al de Gran Mariscal que le había sido conferido poco tiempo antes por el Congreso del Perú, era el más alto grado militar de la época. Sucre apenas acababa de cumplir los 30 años de edad cuando recibe tan alta distinción.

Una semana después de ser ascendido Sucre a General en Jefe, el 21 de febrero de 1825, Bolívar anuncia en Lima que ha escrito una biografía del joven oficial cumanés, ya héroe de la independencia. La biografía la titula: *Resumen sucinto de la vida del general Sucre*. Se trata de un gesto sin precedentes en la historia militar de la humanidad. Ningún otro jefe militar había escrito antes la biografía de uno de sus oficiales y mucho menos siendo éste todavía un oficial activo. En carta dirigida a Sucre, fechada en Lima ese mismo día, Bolívar le escribe a Sucre a propósito de esa biografía:

"Vd., créame General: nadie ama la gloria de Vd. tanto como yo. Jamás un Jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de Vd. hecha por mí, en que, cumpliendo con mi conciencia, le doy a Vd.

cuanto merece. Esto lo digo, para que Vd. vea que soy justo, desapruebo lo que no me parece bien, al mismo tiempo que admiro lo que es sublime.”

A pesar de tantos honores recibidos, Sucre, junto con preocupaciones en La Paz por alimentar bien a la tropa y mantener la disciplina tanto en el ejército como en la administración civil, manifiesta su deseo de viajar a Cumaná y acompañar a su familia tras la muerte de su padre. También expresa su disposición a conformar un ejército para liberar a Cuba; no podemos olvidar que su abuelo, Antonio de Sucre y Trelles, era cubano. Más tarde insistiría en esta idea, incluso en carta escrita al general José Antonio Páez, fechada en Chuquisaca el 27 de abril de 1825. Otro venezolano, Narciso López, que fue oficial del ejército español, sería en 1850 el precursor de la independencia de Cuba y el diseñador de su actual pabellón nacional.

De La Paz prosigue a Oruro y Potosí. En Oruro se descubre un intento para asesinarlo. Antes de intentar cometer el crimen, el capitán suizo Pablo Ecles, enviado por el general Olañeta, reveló sus intenciones de envenenar a Sucre. Sucre perdona al criminal; sin embargo, advierte a Olañeta que si un oficial del ejército libertador es asesinado o envenenado, serán fusilados todos los españoles residentes que no se hayan decidido por la independencia.

En Potosí recibe la noticia de la muerte de Olañeta, en combate con las tropas americanas al mando del coronel Carlos Medinaceli. De este suceso informa a Bolívar en carta del 3 de abril de 1825. El mismo día le escribe al coronel Medinaceli para que la viuda de Olañeta sea tratada con la mayor consideración posible.

Sucre ordena al coronel Francisco Burdett O'Connor, jefe del estado mayor de su ejército, destruir una fuerza de 400 hombres al mando del coronel Barbarucho, que era todo lo que quedaba del ejército de Olañeta. El historiador venezolano Germán Carrera Damas presenta una reseña de la continua preocupación de Sucre por la actuación de O'Connor, la cual considera una muestra importante del sentido de la perfección que caracterizaba a Sucre:

“Sucre le escribe el 5 de abril de 1825: “Cuide Ud. “mucho la tropa”

- *El 8 de abril: “Ud. desconfie de todo, todo, y manténgase como si estuviera lidiando con enemigos ocultos. Nuestra tropa que no se mezcle con la de ellos para nada: siempre distante cuanto se pueda. Cuidado con algún golpe de sorpresa, y cuidado, cuidado”*
- *El 9 de abril, reitera tres veces su recomendación.*
- *Y el 13 dos veces más.*
- *Todavía el 14: “Cuidado, cuidado, cuidado, mi querido coronel tenga Ud. mucha atención a su tropa”.*
- *De nuevo el 16*
- *Y el 21: “Cuide Ud. mucho la tropa”*

Es decir, diez veces entre el 5 y el 21 de abril.”

(Carrera Damas, 1975: 143)

Mientras tanto, el 9 de abril de 1825, Sucre envía carta desde Potosí a su amigo el general Carlos Soublette, en la cual le manifiesta su deseo de ir a Caracas, le comenta con orgullo el triunfo de Ayacucho y le señala otro logro que considera importante:

“Otro servicio muy importante le he hecho al Perú. Cuando yo recibí sus tropas en el ejército unido, constaba de 1.700 hombres, y sobre esta base le he organizado después de la batalla, en sólo su ejército del Sur que está a mi mando 8.000 hombres que son todos veteranos y muy buenos.”

Pero en esos días comienzan los problemas de la creación de Bolivia. Sucre recibe carta de Bolívar en la que recrimina su deseo de independizar el Alto Perú y le muestra su voluntad de anexar esa provincia a Buenos Aires. Sucre responde airado y sostiene que el Alto Perú debe ser independiente y la voluntad de su pueblo es contraria a la sumisión a Buenos Aires.

El 25 de abril de 1825 Sucre llega a Chuquisaca, hoy Sucre, entonces capital del Alto Perú, y es recibido con gran júbilo por la población. Un día después, Bolívar le escribe desde Nasca, reprochándole cierta precipitación en la convocatoria de la asamblea del Alto Perú y le advierte:

“Si Vd. pierde la ocasión de conocerse a sí mismo, ahora que la fortuna no le ha envenenado el ánimo todavía con sus embriagueces halagüeñas, no aprovechará Vd. nunca de la caudalosa fuente de talentos y virtudes que ha colocado en Vd. la naturaleza. Vd. está llamado a los más altos destinos, y yo preveo que Vd. es el rival de mi gloria, habiéndome quitado ya dos magnificas campañas; excediéndome en amabilidad y en actividad, como en celo por la causa común.”

Después de realizar algunas consultas con los gobiernos de Buenos Aires y Lima, Bolívar finalmente accede, el 16 de mayo, a convocar la asamblea del Alto Perú, como lo había propuesto Sucre. Es difícil juzgar si fue correcta esta decisión. El desmembramiento del Virreinato del Perú, dando lugar a pequeñas repúblicas independientes, parece haber debilitado mucho la capacidad de la región para asegurarse un mayor potencial económico y una mayor estabilidad política. Sin embargo, es justo reconocer que la segregación del virreinato del Perú había sido iniciada un siglo antes por la propia corona española, al crear el Virreinato de Nueva Granada, y acentuada posteriormente al crear el Virreinato de la Plata, con sede en Buenos Aires. Además, bastante hicieron Bolívar y Sucre por mantener la unidad de Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú y hasta de la América entera.

Como encargado de la presidencia del Alto Perú, Sucre se preocupa por la exacta administración de las leyes, confía la elección de todos los empleados a juntas calificadoras de vecinos de probidad y patriotismo, le regala a la universidad la imprenta del ejército, solicita un censo de colegios y conventos, anuncia castigos severos para las autoridades que roben al pueblo, previene a Colombia de una posible invasión francesa, esboza sus ideas de reforma de los planes de estudios en los colegios, resuelve un peligro de guerra con Brasil, organiza el sistema de hacienda, prohíbe las restricciones a los indios para comerciar sus frutos, ordena a los oficiales vestirse estrictamente conforme al reglamento y dispone utilizar algunos bienes de conventos para la educación.

Todas esas preocupaciones no le impiden, como era habitual en él, ocuparse de asuntos más triviales. En carta dirigida al Comandante Santana, fechada en Chuquisaca el 16 de junio de 1825, le encarga un sombrero:

"En días pasados he tenido la confianza de encargar a Ud. que en el Cuzco me consiga un sombrero apuntado de esos guarnecidos con galón y plumas blancas como los que usa el Libertador".

En contraste, ese mismo día se dirige al general José Gabriel Pérez comentándole la situación política del momento:

"Las nuevas tropas españolas de La Habana, no son tan de cuidado como la novedad del juicio abierto al general Páez, y los otros disgustos interiores que amenazan de un movimiento en algunas provincias de la Republica. Supongo que con las medidas que dicte el Libertador, se tranquilizarán un poco esas gentes, mientras él pueda desembarazarse para ir a calmarlas".

La asamblea convocada por Sucre y ratificada por Bolívar se reúne en Chuquisaca el 10 de julio de 1825. En ella se decide formar la República de Bolivia y se escoge Chuquisaca como capital. Se proclama a Bolívar Presidente, pero Sucre continúa como encargado de la presidencia.

El 19 de agosto de 1825, Sucre se reúne de nuevo con Bolívar, esta vez en La Paz. Las primeras palabras formales de Sucre hacia el Libertador, en el acto de recibimiento en el palacio de gobierno, son:

"Los hijos de Bolívar se presentan a V. E. después de haber cumplido el precepto de llevar en triunfo las armas de nuestra patria por una carrera de dos mil leguas, para fijar en Potosí los estandartes de la paz y de la libertad de nuestro continente."

Santander le ofrece a Sucre designarlo como plenipotenciario de Colombia en Lima, con la promesa de que después de culminados los

asuntos más importantes que se encontraban pendientes allí autorizaría su licencia del ejército. Sin embargo, Bolívar le pide que permanezca en el Alto Perú por más tiempo. En carta dirigida a Santander, fechada en La Paz el 19 de septiembre de 1825, Sucre le manifiesta su decisión de complacer a Bolívar.

El Libertador y Sucre son recibidos triunfalmente en Potosí. Sucre recibe una pluma de oro del colegio de Cochabamba para que sus hijos escribiesen las glorias de Ayacucho. El 1º de octubre de 1825, en carta dirigida a la municipalidad de Cumaná desde Potosí, la dona a esa municipalidad y manifiesta emocionado:

“En medio de los favores que la fortuna ha querido dispensarme en la guerra al sur de Colombia y en la del Perú, jamás he tenido sentimientos más agradables que los recuerdos de la tierra de mi nacimiento. Yo no decidiré cual objeto me ha estimulado más en mis trabajos militares, si el patriotismo, la gloria o el anhelo de buscar la paz con la esperanza de que ella me restituya donde mis amigos de la infancia. Puedo sí asegurar que Cumaná nunca se separó de mi corazón.”

Argentina, que había enviado en marzo de ese año al general Juan Antonio Álvarez de Arenales junto con un pequeño grupo de soldados para auxiliar al ejército de Sucre, envía luego diplomáticos para solicitar que el ejército de Colombia operase contra Brasil, debido a los conflictos existentes entre ambos países, pero sus peticiones fueron rechazadas. Ante la proposición argentina de declarar la guerra al emperador del Brasil, Sucre se muestra prudente y desaconseja a Bolívar apoyar tal iniciativa. Aunque confía en la capacidad del ejército colombiano para emprender con éxito una campaña en Brasil, Sucre considera que esa incursión podría afectar las relaciones internacionales de la Gran Colombia y recomienda la negociación para lograr que Brasil devuelva los territorios usurpados a los argentinos. En cambio, sí considera factible tomar el Paraguay, sometido a la dictadura del tirano Gaspar Rodríguez de Francia, si el gobierno argentino lo

pidiera. De esta situación informa a Santander, en carta fechada en Potosí el 11 de octubre de 1825.

El mismo día que informa a Santander de la propuesta argentina, Sucre envía carta a su amigo el coronel Vicente Aguirre pidiéndole que lleve a su hija Simona a Quito para que la eduquen, pues recibió noticia de que su madre (Tomasa Bravo) había muerto en Guayaquil.

Bolívar se preocupa por la salida al mar de la república naciente de Bolivia y le transmite su preocupación a Sucre. Este comisiona al coronel Francisco Burdett O'Connor, en carta fechada en Potosí el 25 de octubre de 1825:

"Quiere S. E. (el Libertador) dar un puerto a esta república a cualquier costa. Para ello previene que V. S. marche a la provincia de Atacama a hacer el más prolíjo reconocimiento, y levantar un plano de sus costas; al mismo tiempo que forme V. S. los más explicados detalles que acompañen a los planos y reconocimientos. Hay tres puertos de que puede escoger el mejor, que son el que se llama de Atacama, el de Mejillones y el de Loa; los dos primeros no tienen agua, y el último que por ser un río, dicen que no es bueno en su fondeadero, aunque el Libertador tiene por él inclinación, por tener ya ese río; y porque está más cerca de Potosí."

Bolívar y Sucre se trasladan en noviembre a Chuquisaca, donde también son recibidos con gran júbilo. Va con ellos Simón Rodríguez, llamado por el Libertador para que ayude en el establecimiento de nuevas escuelas.

El 9 de diciembre de 1825, primer aniversario de la batalla de Ayacucho, Bolívar entrega a Sucre una espada que le manda de regalo la municipalidad de Lima, en tanto que Santa Cruz le presenta una medalla que le obsequia la asamblea general del Alto Perú. En cartas dirigidas a sus amigos el coronel Vicente Aguirre y el general Carlos Soublette, fechadas ambas en Chuquisaca el 12 de diciembre de 1825, les comenta esos obsequios, compartiendo con ellos su alegría. Además, a Aguirre le reitera su preocupación por la situación con María-

na Carcelén, a quien no sabe cuándo volverá a ver. A Soublette le manifiesta sus problemas de salud:

“Antes me veías tan escribidor y ahora muy rara vez tomo la pluma por causa de mi enfermedad del pecho. Pocos meses ha que también me sentí de una ingle, de manera que a decirle verdad, valgo tanto como una vieja maraca.”

Bolívar regresa a Perú a fines de 1825, dejando a Sucre el gobierno de Bolivia. Una de las primeras tareas de Sucre es mantener la disciplina en el ejército. En carta a Bolívar, fechada en Chuquisaca, el 17 de enero de 1826, le dice:

“El batallón de Potosí, es la más ruin canalla y la Diputación, impuesta de su conducta ha opinado que se disuelva. Ayer he sabido que un día no quiso salir a ejercicio, porque no estaba completamente pagado. Al llegar a Potosí pienso averiguar los culpables o autores de este motín y fusilarlos, y si el Comandante los oculta, a él le aplico la pena.”

Los planes de Sucre seguían siendo los de casarse y vivir en Quito, aunque también pensó en ir a estudiar a Europa. El 12 de febrero de 1826, le escribe dos cartas a Bolívar desde Chuquisaca. En la primera le explica algunos aspectos de la situación en el Alto Perú y le dice que las cosas allí van marchando muy regularmente, le comenta sobre la guerra de Buenos Aires con el Brasil y le informa sobre los resultados de la comisión de O'Connor para buscarle un puerto a Bolivia. En la segunda, en tono más personal, le pide consejo como padre y amigo, más que como jefe, con respecto a su posible matrimonio con María Anna Carcelén. En una tercera carta, fechada en Chuquisaca el 27 de marzo de 1826, le habla de sus planes de estudiar en Europa:

“después de meditar mucho sobre lo que debo hacer me parece que lo mejor es que Vd. me permita ir a Europa a viajar e instruirme por dos o tres años, en que estudiare mucho y volveré el año 29 (en que usted será reelegido Presidente de Colombia) para

trabajar mucho, mucho por nuestro país al lado de Vd. Ahora estoy cierto que mi inexperiencia va a desacreditarme aquí. Yo no haría ni este viaje a Europa que proyecto si no fuera por el deseo de volver a servir al lado de Vd., pues de otro modo desde ahora me iría a mi vida privada que es el objeto de mi vehementemente deseo.”

Sin duda, eran tiempos de mucha inquietud para Sucre con respecto a su futuro. Por una parte pensaba en casarse, aunque no estaba seguro de ello, y por otra quería ir a estudiar a Europa, pero quizás lo que más quería era quitarse de encima la administración de Bolivia que tanto le incomodaba. Lo cierto es que su destino inmediato era seguir gobernando a esa nación.

Continuando su labor de gobierno, Sucre prohíbe la discriminación física entre españoles e indios y exige que éstos vivan en barrios comunes. Dicta medidas para promover la inmigración, convencido de que este es el modo más fácil de aumentar la población y mejorar la riqueza de la nueva república. Establece nuevos tribunales y juzgados para impulsar la administración de justicia. Protege las actividades económicas: el comercio, la industria, la agricultura y la minería. Simplifica el sistema de rentas. Reorganiza los cuerpos militares.

En su mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia del 25 de mayo de 1826, Sucre les informa de la gestión realizada al frente del gobierno y les entrega el poder. Sin embargo, el Congreso lo designa presidente de Bolivia. Sucre rechaza la designación pero luego accede ante la insistencia del Congreso, con la condición de ejercer la presidencia sólo por dos años.

El Presidente **de Bolivia** (1826-1828)

Al ser elegido Sucre Presidente de Bolivia, Bolívar le envía un proyecto de constitución para la nueva república, en el que había trabajado durante varios meses. Sucre le contesta, en carta fechada en Chuquisaca el 6 de junio de 1826, manifestándole su oposición a determinados artículos del proyecto. Una vez más, Sucre da muestras de que el respeto a Bolívar no le impedía expresarle con franqueza sus opiniones y disentir de él cuando lo creía necesario.

Rechaza la figura de Presidente Vitalicio y expresa sus dudas de que los diputados la aprueben. También rechaza la idea de que los prefectos y gobernadores sean electos por votación popular, pues piensa que eso alejaría a los hombres de bien, de luces y de mérito, quienes no se postularían para tales concursos.

Posteriormente, Sucre se muestra contrario al sistema federal de gobierno, por considerar que propendía a la anarquía, y también se opone a concederle carácter deliberante a la fuerza armada. El escritor venezolano Arturo Uslar Pietri destaca este último rasgo de la conducta de Sucre:

“No ha habido militar más civilista que el mariscal de Ayacucho. Quería ver instaurada la República y reducido el ejército a su función de servidor de las instituciones.”

(Uslar Pietri, 1986: 237)

Pocos días después de asumir la presidencia, Sucre fue objeto de un nuevo intento de asesinato. Esta vez fue el teniente boliviano Valentín Morales Matos, quien penetró de noche en el palacio de gobierno, armado de un puñal, con la intención de matar a Sucre. Afortunadamente, el criminal fue detenido por José Laya, un asistente del presidente. Morales Matos fue condenado a muerte, pero ante los ruegos de su madre, Sucre accedió a commutarle esa pena por la del destierro y antes del año lo indultó, también por las súplicas de la madre. El secretario de Sucre, José María Rey de Castro, comenta el suceso en sus *Memorias* y lo atribuye al carácter atolondrado e impetuoso del oficial, resentido por habérsele negado una solicitud que había hecho al Ministerio.

Sin descuidar sus obligaciones locales como gobernante de Bolivia, Sucre mantuvo un contacto epistolar permanente con Bolívar expresándole su opinión sobre temas internacionales y pidiendo varias veces el consejo personal del Libertador sobre lo que debía hacer en una situación que se tornaba cada vez más conflictiva, sin dejar de reiterarle el fastidio que para él significaban las tareas de gobierno y su deseo de retirarse a la vida privada.

Sucre comienza a incrementar su preocupación por el futuro de las naciones americanas liberadas. En carta que escribe a Bolívar, fechada en Chuquisaca el 20 de diciembre de 1827, le dice:

“Un loco basta para alterar una Nación, y recientemente lo hemos visto en el Perú: un atrevido puede trastornarla, y hasta un imbécil puede hacer mal. ... Todos los americanos hemos construido nuestros edificios políticos sobre arena, y cualquier audaz de un empujón puede botarlos.”

A pesar de su preocupación por el futuro del proyecto político revolucionario, de su deseo de casarse y retirarse a la vida privada y del fastidio que le causaban las tareas de gobierno, Sucre se dedicó con gran empeño y tesón a ellas, por considerarlo su deber.

Como Presidente de Bolivia, Sucre cumplió una obra significativa. Sus prioridades iniciales estuvieron en el fomento de la educación y la industria, la apertura de caminos, la organización del sistema judicial y el establecimiento de servicios de correos y policía. Organizó la Hacienda Pública y la administración general. Independizó la administración de justicia. Fundó hospitales y escuelas. Revivió la minería y la agricultura. Promovió la libertad de los esclavos y el reparto de tierras a los indios. Estableció un sistema de correos con comunicación frecuente con Lima y Buenos Aires. Llevó a cabo reformas en el régimen de la Iglesia, reduciendo su influencia sin afectar las relaciones con la Santa Sede. Respetó la libertad de expresión. Inició gestiones para que el puerto de Arica fuese cedido a Bolivia. Promovió la inmigración.

Especial celo tuvo también Sucre por una administración sana y honesta. Su actuación como gobernante es un ejemplo de lo que debe ser la conducta de todo administrador público y de la severidad con la que es necesario enfrentar los hechos de corrupción. Se mostró siempre muy diligente y precavido en el manejo de los asuntos públicos. Exigió a los gobernadores, bajo amenaza de muerte, devolver al tesoro público cualquier suma de dinero de la que hubiesen dispuesto ilícitamente. Prohibió el cobro indebido de impuestos o contribuciones. Condenó severamente que se efectuasen gastos en exceso de los fondos disponibles, así como cualquier forma de exceso o abuso por parte de administradores o militares. Exigió a sus subalternos estricto apego a los deberes de sus cargos y fiel cumplimiento de las leyes vigentes. Extendió su celo a la prevención y el castigo de los delitos electorales. Examinó personalmente las cuentas de los administradores y les formuló reparos que exigió satisfacer de inmediato. Exhortó a la eco-

nomía y el ahorro y sancionó con firmeza el despilfarro y la malversación.

Sucre se mostró especialmente orgulloso de su labor en beneficio de la educación pública. Consciente del deber del gobierno de dar educación al pueblo para formar los ciudadanos o republicanos que requerían las nuevas naciones independizadas, dedicó buena parte de sus esfuerzos como gobernante de Bolivia a la tarea de fomentar la educación.

Tuvo que realizar por sí mismo esa tarea, ya que rechazó los servicios de Simón Rodríguez por no parecerle el hombre adecuado para llevar a cabo sus proyectos educativos. Simón Rodríguez, que había sido nombrado Director de Educación por recomendación de Bolívar, se ve atrapado en los enredos burocráticos y atribuye sus dificultades a la incomprendición de los nuevos métodos de enseñanza que deseaba implantar, los cuales son recibidos con desdén y extrañeza por los funcionarios bolivianos. Sin embargo, Sucre justifica la destitución de Don Samuel, como le llamaba, no sólo por sus ideas extravagantes sino por su incapacidad para desempeñar el puesto. En carta dirigida a Bolívar, fechada en Chuquisaca el 10 de julio de 1826, le dice:

“Considero a don Samuel un hombre muy instruido, benéfico cual nadie, desinteresado hasta lo sumo, y bueno por carácter y por sistema; pero lo considero también un cabeza alborotada con ideas extravagantes, y con incapacidad para desempeñar el puesto que tiene bajo el plan que él dice y que yo no sé cual es; porque diferentes veces le he pedido que me traiga por escrito el sistema que él quiere adoptar para que me sirva de regla, y en ocho meses no me lo ha podido presentar. Sólo en sus conversaciones dice hoy una cosa y mañana otra”.

En el famoso periódico *El Cóndor de Bolivia*, que fue obra personal de Sucre, se fueron publicando las orientaciones y realizaciones de la labor educativa del gobierno de Sucre. *El Cóndor* va describiendo el proceso creador de las escuelas, los esfuerzos por establecer la educación sobre principios sólidos y liberales, las visitas personales de Su-

cre a los colegios recién fundados o rehechos, la preocupación por la educación de las mujeres, las normas de arquitectura de los edificios escolares y los requisitos para los rectores, catedráticos y cursantes de los colegios.

El historiador venezolano Tomás Polanco Alcántara ve en el pensamiento educativo de Sucre, inspirado en la doctrina político-social de Bolívar, un peligro para quienes se beneficiaron de la Independencia. Afirma Polanco que los nuevos grupos de poder vieron perfectamente que, si tales teorías triunfaban, aparecería en América una nueva sociedad a la cual no podían dominar. Y como tarde o temprano Bolívar iba a desaparecer:

“El problema político no era entonces Bolívar sino evitar que su ideología continuara a través de un sucesor. Ese sucesor no era otro sino Sucre”.

(Polanco Alcántara, 1998: 101)

Comienza entonces, según Polanco, un proceso dirigido a excluir a Sucre de la política del momento, que culminaría con su asesinato pocos años después.

Sin duda, el conflicto político que despiertan las ideas reformistas de Bolívar y Sucre fue una de las causas fundamentales del fracaso de Sucre en Bolivia y de todo el movimiento revolucionario encabezado por Bolívar. En uno de los estudios más completos sobre la presidencia de Sucre en Bolivia, el historiador norteamericano William Lee Lofstrom afirma que la actuación de Sucre constituyó un importante experimento liberal de reforma económica y social que fracasó ante el conservadurismo de la élite criolla:

“La percepción de la amenaza contenida en el cambio económico y social junto a las ambiciones políticas de la élite boliviana, transformaron la fascinación inicial que sintió la clase dominante hacia Sucre y sus ideales reformistas en una intransigente oposición a ambos.”

(Lofstrom, 1987: 524)

Por su parte, la historiadora venezolana Inés Quintero se expresa en términos similares, destacando además otros factores responsables de la crisis:

“El empeño del régimen de adelantar la reforma fiscal, aunado a las medidas anticlericales, a la resistencia de la población frente a las reformas, a las difíciles relaciones con el Perú y sus pretensiones sobre Bolivia, a las presiones políticas internas, a la descomposición dentro del Ejército Libertador y a la debilidad institucional del gobierno para consolidar el proyecto que se pretendía ejecutar, generan un ambiente de agudas tensiones políticas el cual culminará con el fracaso del proyecto y la expulsión de Sucre de Bolivia. Es ese el episodio que marca de manera irreversible la derrota política de los libertadores en Bolivia y posteriormente en Nueva Granada, Venezuela, Quito y Perú.”

(Quintero, 1998: 187)

Lo cierto es que Sucre tuvo que enfrentar una situación muy difícil en Bolivia desde fines de 1827. Por una parte, algunos políticos bolivianos miraban con recelo la presencia de un extranjero al frente del gobierno de Bolivia, poder al que ellos aspiraban. Por otro lado, el gobierno peruano y sus aliados bolivianos pretendían anexar el territorio de Bolivia al Perú y eso no era posible con Sucre en la Presidencia.

Con el pretexto de prevenir un posible ataque de Colombia y Bolivia contra el Perú, tropas peruanas al mando del general Agustín Gamarra se movilizan hasta cerca de la frontera con Bolivia. El 5 de marzo de 1828, Sucre se reúne con Gamarra en el Desaguadero y aparentemente se resuelve el conflicto.

Los intereses que se confabularon en contra de Sucre culminaron en el intento de asesinato en el motín de Chuquisaca, el 18 de abril de 1828. Hasta los enredos pasionales, como veremos a continuación, tuvieron su cuota en esta conjura.

A pesar de su aplicación a la obra de gobierno y de su compromiso con Mariana Carcelén, Sucre tuvo tiempo en Bolivia para desarrollar una intensa vida amorosa. En La Paz nació un hijo natural suyo y de Rosalía Cortés, José María, el 13 de enero de 1826. Se le atribuyen mu-

chos otros romances, pero el más connotado fue el que tuvo con María Manuela Rojas. En el atentado de Chuquisaca participó el abogado Casimiro Olañeta, con quien Manuela Rojas rompió su compromiso para entregarse a Sucre. Sucre y Manuela Rojas tuvieron un hijo, que llamaron Pedro César, bautizado el 7 de junio de 1828, por lo que Manuela se encontraba embarazada de Sucre cuando ocurrió el motín que por poco le cuesta la vida a éste.

Al amanecer del 18 de abril de 1828, Sucre tiene noticia de la protesta de la guarnición de Chuquisaca, aparentemente por falta de dinero. Subestimando la gravedad de la situación, se dirige a calmar los ánimos, pero es recibido a balazos, resultando herido en el brazo derecho que le quedó inútil. La ciudad estuvo en gran desorden por cuatro días, hasta que las tropas de Potosí y Oruro llegaron en auxilio y sometieron a los amotinados, muchos de los cuales huyeron.

Después del atentado, las pretensiones peruanas de anexarse a Bolivia se hacen más fuertes. Con la excusa de proteger la vida de Sucre y poner orden en Bolivia, las tropas peruanas al mando del general Gamarra penetran en Bolivia. Sucre desmiente esas excusas y le exige que regrese al Perú, en carta fechada en Chuquisaca el 10 de mayo de 1828:

“En fin, mi estimado General, agradeciendo a Vd. la señal de gratitud a mis servicios al Perú, viniendo a interponerse con su ejército entre los asesinos y mi persona, espero que para cumplimiento de este testimonio de aprecio regrese Vd. al Perú. Preferiré mil muertes antes que por mí se introdujese en la América el ominoso derecho del más fuerte, que ningún pueblo americano dé el abominable ejemplo de intervención y mucho menos de hacer irrupciones tártaras.”

La situación en Bolivia se torna muy confusa. Sucre se encuentra herido y por lo tanto separado del gobierno. El general José María Pérez de Urdininea es designado jefe del ejército boliviano y se apresta para la defensa. Sin embargo, la traición del coronel Pedro Blanco, quien luego sería general y Presidente de la República, facilitó la en-

trada de las tropas peruanas a la capital de Bolivia. En opinión de José María Rey de Castro, Pérez de Urdininea también colaboró con los invasores, persuadido de las supuestas ambiciones monárquicas de Bolívar y Sucre.

Sucre estuvo separado del ejercicio de la presidencia por los invasores peruanos, pero esperó en Chuquisaca hasta cumplir su mandato legal y renunciar ante el Congreso de Bolivia, el 2 de agosto de 1828. Su mensaje de despedida da minuciosa cuenta de la labor desplegada en el gobierno de Bolivia y la ausencia de odios o rencores en su espíritu. Advierte el peligro de pérdida de la nueva república por la intención peruana de integrarla a su territorio. También ratifica su obsesión ética, solicitando se examine escrupulosamente su gestión a pesar de ser inviolable de acuerdo con la Constitución:

“No concluiré mi mensaje sin pedir a la representación nacional un premio por mis servicios que, pequeños o grandes, han dado existencia a Bolivia, y que lo merecerán por tanto.

La constitución me hace inviolable; ninguna responsabilidad me cabe por los actos de mi gobierno. Ruego, pues, que se me destituya de esta prerrogativa, y que se examine escrupulosamente toda mi conducta. Si hasta el 18 de abril se me justifica una sola infracción de ley; si las cámaras constitucionales juzgan que hay lugar a formación de causa al ministerio, volveré de Colombia a someterme al fallo de las leyes. Exijo este premio con tanta más razón, cuanto que declaro solemnemente que, en mi administración, yo he gobernado: el bien o el mal, yo lo he hecho”.

Sucre cierra su mensaje de despedida al Congreso de Bolivia con estas palabras:

“En el retiro de mi vida veré mis cicatrices, y nunca me arrepentiré de llevarlas, cuando me recuerden que para formar a Bolivia preferí el imperio de las leyes a ser el tirano o el verdugo que llevara siempre una espada pendiente sobre la cabeza de los ciudadanos. Representantes del pueblo: hijos de Bolivia: Que los destinos os protejan. Desde mi patria, desde el seno de mi familia, mis votos constantes serán por la prosperidad de Bolivia”.

Concluye así su gran labor como estadista, a pesar de las dificultades políticas que rodearon el final de su mandato. Sucre sale de Chuquisaca acompañado de una numerosa comitiva que le brinda testimonios de estimación y de afecto, pero no volvería a ocupar más posiciones de gobierno ni tampoco volvería a Bolivia.

Se dirige a Quito a encontrarse con su esposa, pues acercándose el fin de su mandato había otorgado poder al coronel Vicente Aguirre, el 25 de enero de 1828, para que lo representase en el matrimonio con Mariana Carcelén. El matrimonio se realizó el 20 de abril en Quito, apenas dos días después del atentado en Chuquisaca.

El breve reposo **del guerrero** (1828-1829)

El mismo día que presentó su renuncia al Congreso de Bolivia, Sucre partió de Chuquisaca para la costa y allí abordó una fragata, que lo llevó al Callao y luego a Guayaquil. Llegó a Quito el 30 de septiembre de 1828. Sólo llevaba 1.000 pesos en el bolsillo para celebrar sus bodas y muchas preocupaciones en la cabeza por la confusa situación política en la que había dejado a Bolivia y por la creciente amenaza de guerra interna en el Perú.

Sucre, que se había separado casi seis años antes de la que ahora era su esposa, vivió con ella apenas unos pocos meses. Resultó muy breve el descanso que tanto anhelaba, pues pareciera que su sentido del deber era más fuerte que su deseo de permanecer en Quito. Ello a pesar de que se sentía enfermo y disfrutaba mucho de la lectura de sus libros y de su actividad como administrador de las haciendas de su esposa. Lo que sí le desagradaba era sentirse mantenido por su mujer, pues él no disponía de rentas propias suficientes.

La amistad y el ejemplo de Bolívar, unidos a la tradición de su familia, hicieron de Sucre un asiduo lector de los clásicos militares de la antigüedad, entre ellos los *Comentarios de César* y los *Anales de Táctico*, pero también de libros de historia, poesía, filosofía y literatura en

general. Leía no sólo en castellano, sino en francés e inglés. *Emilio y el Contrato Social* de Rousseau, diversos tratados sobre el arte militar, las memorias de Napoleón, manuales de diplomacia y muchas otras obras siguieron a Sucre a todas partes, transportadas en varios cajones grandes. Además, era frecuente el intercambio de libros entre Bolívar, Sucre, Soublette, Heres y otros amigos.

Sucre se preocupa en Quito de dirigir la reconstrucción de su casa, para que ésta estuviese “bella y bien adornada” y pudiese ser habitada con “gusto y comodidad”. Deseaba un jardín con flores para que todo hiciera una vista muy hermosa. Se proponía lograr un conjunto bello, elegante y singular. El historiador venezolano Polanco Alcántara ve en esta actitud los rasgos de un espíritu superior:

“Nótese, como característica psicológica, que sólo los espíritus superiores se atreven a manifestar el deseo de vivir en ese ambiente de jardines, de flores y de hermosura. A los espíritus subalternos tales temas no les preocupa”.

(Polanco Alcántara, 1998: 102)

En cuanto a su actividad como agricultor en Quito, debemos recordar lo que dijera Sucre a Santander en carta fechada en Lima el 10 de noviembre de 1823:

“Un soldado cultivando la tierra después de trece años de combates y cuando su patria no lo necesita, pasará por un espectáculo de honradez en una república naciente”.

Pero los apremios de la realidad continuaban demandando sus servicios. Aunque vaciló al principio, Sucre aceptó la solicitud del gobierno de Colombia para enfrentar una ofensiva peruana que pretendía apoderarse de Guayaquil. Deja su casa en Quito a fines de enero de 1829, apenas tres meses después de establecerse allí con su esposa. Mariana se queda embarazada y daría a luz el 10 de julio de ese año a Teresa, la única hija legítima que tuvo Sucre.

Sucre trató de evitar por los medios conciliatorios de la diplomacia la guerra contra La Mar y Gamarra, dos de sus principales oficiales en la batalla de Ayacucho, pero no tuvo más remedio que enfrentarlos. El combate, innecesario choque entre hermanos, se da primero en Saraguro, el 12 de febrero de 1829, resultando en triunfo del ejército colombiano comandado por Sucre. En Tarqui, quince días después, se da el combate definitivo. Aunque disponía de fuerzas menores, en un breve combate Sucre logra derrotar a las tropas peruanas. Al igual que en Pichincha y Ayacucho, ofrece luego una capitulación a los vencidos.

Sucre informa a Bolívar de la victoria en Tarqui, pero le ruega separarlo de todo mando y de todo puesto público. Se sentía cansado y con repugnancia ante las tareas de gobierno. Sin embargo, no tardaría en volver a la actividad política.

Regresa a Quito a mediados de 1829 y nace su hija Teresa. Al darle la noticia del nacimiento de su hija a Bolívar, en carta fechada el 14 de julio de 1829, Sucre se alegra, como todo padre, del nacimiento de su hija, pero como militar no oculta su insatisfacción:

“Desgraciadamente me ha dado una hija, en lugar de un soldado que yo quería para la patria.”

Sucre da su hija para bautizar al general venezolano Juan José Flores, quien luego sería Presidente de Ecuador. Se encuentra de nuevo con sus libros y con sus campos y ya parece decidido a no salir más de allí. En la hacienda «Solanda», recordando sus estudios de ingeniería, construye una obra de toma para hacer uso de las aguas comuneras sin perjudicar los intereses del vecino.

Desde su llegada a Quito, tras la batalla de Pichincha, en 1822, Sucre expresó sus sentimientos de permanecer en esa ciudad hasta los últimos días de su vida. El encanto de la ciudad, el júbilo que le causó el éxito en esa batalla, sus posteriores diferencias con los políticos peruanos y bolivianos y, por supuesto, el matrimonio con Mariana Carcelén y el nacimiento de su hija Teresa le unieron con fuerza a la capi-

tal ecuatoriana. Seguramente añoraba regresar a Cumaná, pero comprendía que en Quito estaban sus intereses y allí era respetado y querido. Ocho años de vida en las tierras del sur ya le hacían familiar el ambiente. Había cambiado el mar por la montaña y el sancocho de pescado por los platos elaborados a partir de buey, cerdo y papas. De Cumaná le quedaba, además del recuerdo en el corazón, la compañía de su fiel ayudante, “Alarconcito”, el entonces coronel Pedro Alarcón.

Se siente enfermo, como también lo estaba Bolívar, pero la política no les deja en paz. Ante la insistencia de Bolívar de que vuelva a la actividad pública, Sucre se niega. En carta dirigida a Bolívar, fechada en Quito el 7 de octubre de 1829, le explica las razones de su negativa:

“Yo no me niego a servir. Lo que trato de servir es sabiendo el sistema y el objeto, pues desde hace mucho tiempo no hay objeto ni sistema, y ya estoy un poco cansado y enfermo para trabajar a la ventura.”

Bolívar lo visita en ese mismo mes de octubre y lo convence una vez más. En diciembre de 1829, Sucre parte hacia Bogotá, para asistir al Congreso llamado “Admirable”, en representación de la provincia de Cumaná. No vería más ni a su esposa ni a su hija.

Antes de partir, como era costumbre, escribe su testamento. Dispone distribuir sus bienes entre su hija Teresa, sus ocho hermanos que estaban vivos y su ayudante, el coronel Pedro Alarcón. Poseía una casa, una hacienda y algunos objetos de valor. No tenía deudas.

Sucre fue muy estricto en cuanto a no aceptar recompensas ni premios materiales de ninguna naturaleza. Aborrecía la conducta de políticos y militares revolucionarios que aprovechaban el poder para enriquecerse. Ajustó siempre su sueldo al necesario para su subsistencia y en varias ocasiones destinó los bienes que se le ofrecían a cubrir los gastos del ejército o a socorrer huérfanos y viudas de la guerra. Fue, además, un buen administrador tanto en lo público como en lo privado, destacando su probidad, austeridad y eficiencia en el uso de los recursos.

La disolución de la Gran Colombia (1830)

En camino a Bogotá, Sucre tiene conocimiento del movimiento separatista que Páez fomenta en Venezuela. Al final de la carta dirigida a Bolívar, fechada en Purificación el 17 de diciembre de 1829, exclama angustiado:

"Adiós, mi General: ¡cuánta pena tengo, y cuánto disgusto por los disgustos de Vd.! Un tumulto sobre otro, una novedad sobre otra, y las facciones que se suceden despedazan a Colombia y el corazón de Vd. ¡Qué triste época y qué desgraciada Patria!"

El héroe de Ayacucho no cree posible mantener la unidad política de la Gran Colombia, pero antepone su lealtad a Bolívar y acepta ser designado Presidente del Congreso Admirable, en enero de 1830, convocado por el Libertador para tratar de salvar esa unidad.

A pesar de compartir el legado hispánico, hablar el mismo idioma y poseer una cultura común, la integración de los países hispanoamericanos ha demostrado ser casi imposible. Bolívar soñaba con esa unión y trató de imponerla, pero sólo logró confederar a Venezuela, Colombia y la emergente nación de Ecuador y ello por poco tiempo. Tan pronto cesaron las razones políticas para enfrentar a España, el enemigo

común, surgieron las rivalidades y las pretensiones de los caudillos locales. Sucre, dotado de un mayor sentido de lo real que Bolívar, sabía que el esfuerzo era vano. Los venezolanos ni siquiera aceptaron asistir al Congreso convocado por Bolívar; no querían seguir unidos a Colombia y tampoco aceptaban las aparentes intenciones de Bolívar de hacerse nombrar Presidente Vitalicio de la Gran Colombia.

El Congreso celebra sus sesiones en enero de 1830, en un marco de desaliento y confusión. La rebelión venezolana contra El Libertador es muy violenta y luce irreversible. En Colombia todavía no han cicatrizado las heridas provocadas por el intento de matar a Bolívar, apenas tres meses antes. Bolívar, por su parte, se ve desorientado y muy enfermo. No atina a encontrar la solución de la grave crisis que enfrenta.

En febrero del mismo año, el Congreso nombra una comisión integrada por Sucre, Monseñor Esteves, obispo de Santa Marta, y el diputado Francisco Aranda, para conversar con los representantes de Venezuela, en el deseo de sostener la integridad de la Gran Colombia.

El éxito diplomático de Sucre, unido a sus virtudes como gobernante, confirma sus méritos de hombre de Estado, por añadidura a su brillante trayectoria como militar. Lamentablemente, su última misión diplomática, para evitar la desintegración de la Gran Colombia, fracasaría por la negativa de los venezolanos de seguir unidos a Colombia. Ya él no podía hacer nada para evitar la ruptura.

Páez da órdenes de no dejar entrar a esa comisión a Venezuela por lo que deben retroceder de La Grita, adonde habían llegado, y regresar a Cúcuta. Sería esa la última vez que Sucre pisara suelo venezolano.

La comisión, presidida por Sucre, espera en Cúcuta a los representantes de Venezuela. Estos son el general Mariño, quien fuera su jefe entre 1813 y 1817, y los señores Tovar Ponte y Fernández Peña.

Mientras espera en Cúcuta la llegada de Mariño y los otros representantes venezolanos para tratar sobre la separación de Venezuela de la República de Colombia, Sucre no deja de preocuparse por asuntos personales y domésticos, como era su costumbre. En carta dirigida al coro-

nel Pedro J. Alarcón, fechada en Rosario de Cúcuta el 30 de marzo de 1830, luego de informar brevemente sobre los sucesos políticos le dice:

"Vamos a mis cosas. Empezaré por repetirle que si Ud. quiere encargarse de la Huaca (su hacienda en el Perú), es lo mejor; es decir si no hay quien la compre. Si no se vende, si Ud. la quiere, es preciso ver si hay lugar a lo que le escribí en Neiva. Le dije allí que podía Ud. buscar seis o diez mil pesos a interés (aunque fuera al uno y medio) y emplearlos en mejorar la hacienda para habilitarla de mulas, bueyes, marranos bastantes, etc., etc., etc., y después de ponerla en muy buen pie, cuanto sea posible con ese capital, ver como se arrienda con el mejor provecho y con las mejores seguridades.

En fin mi querido Alarcón, vea Ud. todo, y no deje que me roben. Es insopportable la picardía de que no sólo han desperdiciado, destruido y robado toda la cosecha del año pasado, sino que en seis meses de administración me alcanzan en quinientos y pico de pesos y eso después de haberme vendido cinco criados. Es decir que en seis meses me han robado toda la cosecha de un año, y además me alcanzan en dos mil pesos. ¡Dónde hay paciencia para tantas ladroneías! ¡No pase Ud. pues ninguna partida, sin que esté bien comprobada y muy, muy examinada!"

Sucre, apelando a todos sus recursos diplomáticos, expresa a la delegación venezolana el deseo del gobierno de la Gran Colombia por corregir cualquier abuso que pudiese existir e incluso ofrece la renuncia de sus autoridades y la disposición a no aceptar ningún alto empleo público por cuatro años. A Tovar y a Fernández Peña les pareció aceptable la proposición de Sucre, pero Mariño no estuvo de acuerdo, se consideró ofendido y discutió violentamente con Sucre.

Sucre escribe a su esposa, desde Cúcuta, reiterándole su deseo de volver con ella y retirarse de toda actividad pública, cada vez más desengañado de los hombres. También le escribe a Bolívar, informándole del fracaso de las negociaciones.

A pesar de su deseo de regresar pronto a Quito, Sucre va primero a Bogotá. Necesitaba ver a Bolívar y expresarle su solidaridad en momentos tan difíciles. Apenas tres días pudo estar Sucre cerca de Bolívar. En ese tiempo se reunieron varias veces, en conversaciones muy

tristes. Veían frustradas sus esperanzas. Y Sucre contemplaba con dolor que se extinguía la vida de Bolívar.

Cuando Bolívar se marcha para Cartagena, con la intención de viajar a Europa, Sucre acude a despedirlo pero ya el Libertador se había ido. No le queda otra posibilidad que escribirle una afectuosa carta, que sería también la última que le dirigiría a su apreciado amigo. En esa carta, fechada en Bogotá el 8 de mayo de 1830, dice:

“No es su poder sino su amistad lo que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. La conservaré, cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjeo que Ud. me conservara siempre el aprecio que me ha dispensado. Sabré en todas circunstancias merecerlo.

Adiós, mi General, reciba usted por gaje de mi amistad las lágrimas que me hace verter la ausencia de usted. Sea usted feliz en todas partes y en todas partes cuente con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apasionado amigo”.

Se despide luego de las nuevas autoridades colombianas, recién elegidas por el Congreso, y emprende la vuelta a Quito, a la que nunca llegaría. El general Domingo Caicedo, designado vicepresidente de Colombia, pide a Sucre que trate de mantener la unión del Distrito del Sur, que asumiría el nombre de Ecuador cuatro meses después, y Colombia. Sucre promete intentarlo, pero le advierte que no lo cree posible pues teme que la separación de Venezuela sea imitada por Guayaquil y Quito.

El asesinato

Sucre salió de Bogotá hacia Quito, el 13 de mayo de 1830, por el camino de Popayán y Pasto. Iba acompañado por el diputado de Cuenca, Andrés García Trelles, dueño de haciendas; el sargento primero Lorenzo Caicedo, asistente de Sucre; el sargento de caballería Ignacio Colmenares; el negro Francisco, sirviente de García, y dos arrieros con bestias de carga. Algunos de sus amigos le habían aconsejado ir al puerto de Buenaventura y desde allí viajar por barco a Guayaquil, para evitar los riesgos del camino. Pero Sucre prefirió irse por allí para llegar más pronto a Quito.

En Popayán le advirtieron nuevamente que su vida corría peligro y le recomendaron desviarse a Buenaventura, pero Sucre insistió en continuar por la ruta que había escogido de antemano. Sus amigos presentían que algo se tramaba contra él, pero no lograron convencerle de modificar su curso. Desde esa ciudad escribe su última carta, al general Vicente Aguirre, fechada el 27 de mayo de 1830, reiterándole su convicción de que la Gran Colombia no podía sobrevivir. Sus últimas palabras escritas son:

“Recomiendo siempre moderación y prudencia para que todos los colombianos se entiendan con calma y sin ruido de guerras civiles”.

El 3 de junio encontraron en el camino a Erazo y Sarría, dos salteadores a los que reconocieron. En la noche anterior habían dormido en la casa de Erazo, punto obligado en el camino. Sucre mandó a sus criados que prepararan las armas, pero los bandidos no dieron muestras de querer hacerles daño.

Al día siguiente, Sucre y sus compañeros partieron de La Venta a las ocho de la mañana y entraron a la montaña de Berruecos. No habían avanzado mucho cuando desde el bosque una voz gritó "¡General Sucre!". Sucre volteó el rostro, se oye entonces un tiro de fusil y Sucre exclama «¡Ay! ¡Balazo!». Suenan tres tiros más y queda muerto en el suelo, con el corazón destrozado. Tenía sólo 35 años, pero su agotadora vida lo hacía parecer mayor. En sus propias palabras, se sentía como "una maraca vieja". Sus restos fueron trasladados posteriormente a Quito.

El nombre de Berruecos ha pasado a la historia como el lugar del asesinato de Sucre, aunque Berruecos se encuentra relativamente lejos del sitio donde mataron a Sucre. El sitio del crimen está a dos kilómetros de La Venta, convertida hoy en ciudad de La Unión, y la montaña más próxima se llama La Jacoba. Sin embargo, para justificar la escogencia del nombre, algunos afirman que se acostumbraba llamar Berruecos a toda esa región.

El gobierno de Colombia ordenó de inmediato la investigación del asesinato. En 1831, Erazo estuvo preso por sospecha, junto con Sarría y el coronel Apolinario Morillo, pero entonces no se les pudo probar nada.

No fue hasta 1839, cuando se detuvo a Erazo por otro motivo, que se retomó el proceso y se logró identificar a los culpables. Las declaraciones de Erazo comprometieron a Morillo y las de éste a Obando.

El autor intelectual del crimen parece haber sido el general colombiano José María Obando, quien había sido realista y luego patriota y para el momento del asesinato era Comandante General de Pasto. Oban-

do trató desde el principio de inculpar al general venezolano Juan José Flores, para desviar la atención, pero Morillo, al confesar el crimen, aclaró que había actuado por orden de Obando. Morillo fue fusilado en 1842 en la plaza mayor de Bogotá. Obando se refugió en territorio peruano y evitó ser sometido a juicio. Regresó unos años después y llegó a ser Presidente de la República entre 1853 y 1854.

Mucho se ha especulado sobre la posible participación de los enemigos de Bolívar, encabezados por Santander, en esa infame acción. También se ha acusado a Flores, pues éste se carteaba frecuentemente con Obando y se benefició de la muerte de Sucre al quedarse con el poder en Ecuador. Por otra parte, algunos han tratado de comprometer al general Barriga, ya que éste se casó con Mariana Carcelén un año después de la muerte de Sucre y luego se le cayó de sus brazos Teresita, la hija de Sucre, desde el balcón de la casa, en una muerte aparentemente accidental. Hasta la misma esposa de Sucre ha sido señalada como cómplice. Buena parte de esa confusión fue originada por Obando, lo que resta mucha credibilidad a tales conjeturas.

La muerte de Sucre ha sido el aspecto de su vida que ha sido objeto de mayor debate histórico. Algunos autores han tratado de defender la responsabilidad de los diferentes implicados. La mayoría, indignada por el crimen, se ha esforzado porque los verdaderos culpables merezcan el repudio de las nuevas generaciones. Uno de los que han escrito sobre el tema, mi abuelo Francisco de Paula Aristeguieta Rojas, consideró una infamia las acusaciones contra el general Flores y concluyó su investigación con estas palabras:

“Ni Obando ni sus áulicos ni sus defensores lograron nunca destruir el cúmulo de pruebas que dejan completamente descubierta la verdad acerca del crimen de Berruecos, y entre esas pruebas descuellan las concluyentes declaraciones de Morillo, Erazo y la Meléndez, como otros tantos indicios que con seguridad inflexible señalan un nombre en que se sintetizan el monstruoso crimen y todas sus secuelas, y ese nombre es el de José María Obando”.

(Aristeguieta, 1974: 143)

Lo más probable es que no se podrá nunca saber toda la verdad sobre el asesinato, pero no parece haber dudas sobre la naturaleza del crimen:

“El crimen de Sucre fue eminentemente político”.

(*Planchart, 1977: 14*)

Casi todos los historiadores están de acuerdo con esa afirmación. Por ejemplo, para la historiadora venezolana Inés Quintero, con independencia de quien fuese el verdadero instigador del asesinato de Sucre, este crimen tenía una clara intención política:

“Si el instigador del asesinato no fue Obando, sino Flores, o Santander, o Gamarra u Olañeta, o cualquier otro, la conclusión es la misma. La muerte de Sucre es una acción determinada por la política.”

(*Quintero, 1998: 241*)

Y sentencia luego Quintero:

“Sucre..., paradójicamente, es aniquilado por la vorágine de una revolución que él mismo había contribuido a levantar.”

(*Quintero, 1998: 242*)

El historiador venezolano Tomás Polanco Alcántara también considera la política como factor clave del asesinato de Sucre y señala que la verdadera motivación era eliminar al sucesor de Bolívar:

“Había fuerzas interesadas en que la obra de Bolívar no continuara. Quienes manejaban esas fuerzas estaban seguros de que el propio Bolívar no podría continuarla en su misión. El recurso que utilizaron en ese momento, para detener la obra de Bolívar, fue sencillo y preciso: asesinar a Sucre”.

(*Polanco Alcántara, 1998: 108*)

La hipótesis de Polanco tiene su fundamento, entre otras fuentes, en la propia opinión de Bolívar. El Libertador, en carta dirigida al general Flores, fechada en Cartagena el 1º de julio de 1830, le dice:

“El inmaculado Sucre no ha podido escapar de las asechanzas de estos monstruos. Yo no sé que causa ha dado este General para que atentasen contra su vida, cuando ha sido más liberal y más generoso que cuantos héroes han figurado en los anales de la fortuna, y cuando era demasiado severo hasta con los amigos que no participaban enteramente de sus sentimientos. Yo pienso que la mira de este crimen ha sido privar a la patria de un sucesor mío”.

Epílogo

A manera de recapitulación o conclusión, analizaremos en esta sección tres cuestiones fundamentales de la vida de Sucre: su relación con Bolívar; su actuación política; y sus cualidades militares y humanas.

Es imposible negar la influencia que Bolívar tuvo sobre Sucre. El escritor venezolano Rafael Arráiz Lucca así lo afirma:

“Podría decirse sin exagerar, que muchas de las empresas que aceptó tuvieron fuente en su devoción por Bolívar, y de no habérselas exigido el Libertador, probablemente las habría sustituido por otras menos heroicas”.

(Arráiz Lucca, 2005: 258)

Injustamente, sin embargo, la historia ha mostrado en exceso a Sucre como un segundo de Bolívar. A pesar de sus grandes méritos personales, la historiografía venezolana ha presentado generalmente a Sucre como un simple ejecutor fiel de los designios de Bolívar. Pocos se han rebelado contra esta actitud como el historiador venezolano Germán Carrera Damas:

“Persuadido de que la historiografía venezolana, al conformar la imagen de Sucre que he reseñado sumariamente, satisface los requerimientos del culto a Bolívar y no los del conocimiento histórico científico, nada cuesta reconocer que en ella radica el mayor obstáculo para llegar al conocimiento de la personalidad histórica de Sucre”.

(Carrera Damas, 1975: 135)

La historiadora venezolana Inés Quintero también ha elevado su voz de protesta ante la distorsión que significa presentar a Sucre como una simple extensión de Bolívar:

“Pero con Sucre ocurre, también, que se le ha visto y estudiado bajo la sombra e influencia de Bolívar. Se destacan sus peripecias y realizaciones como una extensión directa y parásita de la obra de Bolívar. Es Sucre apéndice del más grande hombre de la independencia, el Libertador, por lo tanto se nos presenta desdibujado y se entorpece la posibilidad de comprender su peculiar actuación en la independencia.”

(Quintero, 1998: 12)

Sin duda, la obra de Bolívar fue determinante para la independencia de Venezuela y Colombia, pero también se puede decir lo mismo con respecto al papel de Sucre en la independencia de Ecuador y Perú y la creación de Bolivia. Por eso, es posible afirmar que la actuación de Sucre no fue nada secundaria:

“En verdad, buena parte de la gloria bolivariana es suya”.

(Arráiz Lucca, 2005: 258)

Si bien es cierto que Sucre admiró a Bolívar y apreció su amistad más que nada, demostró que era capaz de actuar por su cuenta con igual brillantez que él. Sin embargo, el sentido del orden y la disciplina en Sucre le hizo entender que las circunstancias requerían de un solo jefe y ese era Bolívar. Además, el servicio a la patria y no la ambición de poder era la razón de su lucha.

Toda la vida de Sucre es un servicio a la patria y transcurre entre la guerra y la política, componentes inseparables del proceso que le tocó vivir y del que fue actor de primer orden:

“La vida de Sucre al igual que su muerte forman parte de un proceso político, el de la historia de la lucha por el poder en los tiempos de la independencia.”

(Quintero, 1998: 250)

Sucre tuvo más éxito en la guerra que en la política. Lo primero no es de extrañar si tomamos en cuenta la tradición militar de su familia, la buena formación militar que recibió en su adolescencia y su interés por aprender cada vez más sobre el arte de la guerra. El fracaso en la política podríamos atribuirlo más bien a su falta de interés y hasta desprecio por ella, así como su falta de formación para esta actividad. Sin embargo, se distinguió por su capacidad para entender los conflictos de poder y por su habilidad negociadora, su empeño en realizar una buena labor administrativa e incluso por su inteligencia para reconocer sus limitaciones políticas.

Quizás los principales defectos de Sucre en la política, si se pueden considerar como tales, fueron: su firme adhesión a unos principios o ideales que no estaba dispuesto a negociar; el empeño de llevar a cabo reformas que creía necesarias pese a la oposición de importantes factores de poder; y su desprecio hacia aquellos actores políticos que consideraba viles y traidores, con los que por supuesto no deseaba entenderse y ni siquiera convivir. Sucre no sabía obrar de otra manera. Por eso, le dice a Bolívar en carta fechada en Quito el 20 de octubre de 1828:

“Mi conducta es clara como la luz, y mi alma está formada por mis principios; y éstos por mi educación.”

La experiencia de Sucre demuestra que no se puede tener éxito en política sintiendo desprecio por ella y por los intereses contrarios a

los ideales de uno; actitud muy propia, por cierto, de los militares que intervienen en política. Bien lo apunta el sociólogo y analista político venezolano Andrés Stambouli:

“la política, lejos de ser un mal necesario, es un bien práctico a ser valorado, por ser la manera de gobernar comunidades plurales, que reduce significativamente el uso de la violencia. La misión de la política así entendida, es entonces la de considerar intereses divergentes, en función de la tolerancia y la convivencia pacífica”.

(Stambouli, 2002: 7)

Pero el fracaso y la frustración en la política no debemos atribuirlos solamente a posibles defectos de Sucre. Al contrario, la falta de éxito en la política parece un hecho normal, como lo afirma el político y profesor universitario venezolano Ramón Guillermo Aveledo:

“Lo normal es leer o escuchar a quienes han sido percibidos como muy poderosos, quejarse de no haber podido realizar lo que se propusieron. Cualquiera que haya ejercido el poder se lo dirá. La muy humana distancia entre propósitos y logros se acrecienta mientras más seres humanos intervienen y se maximiza cuando se trata de la política, donde confluyen intereses diversos, opiniones contrastantes, procesos necesariamente complejos y, muy frecuentemente, promesas y designios que han cometido el frecuente error de menospreciar los costos, los tiempos y las dificultades.”

(Aveledo, 2002: 31)

Una biografía no debe pretender que los lectores sientan agrado o desagrado por el personaje cuya vida se relata, sino que debe dar una visión de él tan completa y veraz como sea posible, incluyendo por lo tanto sus cualidades buenas y malas, sus logros y errores. Sin embargo, los ensayos sobre las vidas de los grandes personajes de la historia y particularmente las biografías que sobre ellos se escriben tienden a exaltar demasiado las virtudes y las hazañas de ellos, convirtiéndolos casi en seres sobrenaturales. En el caso particular de la vida de Sucre, los historiadores venezolanos Germán Carrera Damas e Inés Quintero

han advertido que este personaje ha sido víctima de la “oratoria patriótica” y el homenaje, y se han exagerado sus virtudes.

Espero no haber incurrido en tales excesos. Sin embargo, ya para concluir, me atrevo a afirmar que, en el caso de Sucre, es muy probable que el reconocimiento a sus grandes virtudes y méritos esté plenamente justificado.

Por sus extraordinarias hazañas, Sucre, como Bolívar, puede ser comparado con los más grandes generales de la historia. En particular, las campañas previas y la disposición y ejecución de las batallas de Pichincha y Ayacucho son dignas de figurar en cualquier texto de historia militar, así como fue sobresaliente Sucre por su capacidad para dirigir y levantar el ánimo de sus tropas, su respeto hacia los enemigos y su generosidad con los vencidos.

Por sus cualidades humanas, difícilmente puede encontrarse quien iguale a Sucre.

Uno de sus principales biógrafos, Guillermo A. Sherwell, concluye su obra con estas palabras:

“Por la correcta concepción de los deberes públicos y el más alto desarrollo de las virtudes privadas, ninguna vida presenta lecciones más abundantes y elocuentes que la de Antonio José de Sucre”.

(Sherwell, 1973: 228)

La vida de Sucre es ejemplar en muchos aspectos. Mi padre, Alberto Silva Guillén, en discurso pronunciado en el Congreso de la República de Venezuela, el 3 de febrero de 1970, con motivo del homenaje rendido a Antonio José de Sucre en el 175º aniversario de su nacimiento, terminó sus palabras con una afirmación que acompañó al cierre de este recorrido:

“Sucre, con el ejercicio de sus virtudes, con la fuerza de su ejemplo, con sus triunfos superiores a toda normal esperanza, nos señala el camino, nos impulsa y, sobre todo, nos

vive recordando que hay que mirar hacia arriba y adelante, sin sentimientos mezquinos, sin pensamientos pequeños; que la gloria está en ser grande y en ser útil."

(Silva Guillén, 1970: 14)

Mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia

(Chuquisaca, 25 de mayo de 1826)

Señor:

La reunión de los representantes de Bolivia en un congreso, es el suceso más lisonjero y consolador para los amigos de un pueblo que entre las oscilaciones borrascosas de la revolución va a llegar al término de sus esperanzas. Este día marcado en los fastos de la América por acontecimientos gloriosos, añade en el de hoy el de instalarse en Chuquisaca el cuerpo nacional de Bolivia; a los diecisiete años en que este mismo pueblo convidó al nuevo mundo a sacudir el ominoso yugo de la España, y el género humano a cambiar la política denominadora de algunas naciones por principios libres, dignos del hombre.

La república Boliviana entra la última en la representación de los estados de la América; pero entra en ella bajo los auspicios de la libertad, de la paz y de la victoria. Terminada la guerra de la independencia: asegurada contra todo poder extranjero, disfrutando de tranquilidad y orden, ella marcha a constituirse bajo la égida de las leyes. Los representantes del pueblo en ejercicio dela soberanía nacional, en la posesión absoluta de las atribuciones que les ha delegado la república, exentos de circunstancias extraordinarias, y animados de un espíritu del más sólido patriotismo, dictarán al naciente estado de Bolivia leyes sabias que hagan el bien y prosperidad del país; leyes convencionales que conformándose con las de su naturaleza dejen al hombre el uso respectivamente libre de sus facultades; leyes, en fin, que poniendo la seguridad igual de las personas y propiedades al abrigo de la ambición y del poder, hagan de Bolivia, si es posible, el paraíso de la libertad. Tal es, representantes, el deber que hoy os impone vuestra patria: tal es la comisión que habéis recibido de los pueblos. Bolivia, la América, el mundo os colmará de bendiciones, si correspondéis a su confianza.

Representantes: al devolver al pueblo en nombre del Libertador de Colombia, la autoridad de que estábamos investidos por la voluntad

de la asamblea general, por la del Perú, y por vuestra situación, mi alma se dilata con el placer de haberla ejercido en bien de vuestro país. Facultados con el poder, sin ninguna traba, sin ninguna ley, cabe a la república de Colombia el orgullo de que sus hijos sean los primeros que en el mundo americano llevaran a un país extraño entre el estruendo de las armas y el brillo de la victoria los principios de la soberanía del pueblo. Si es acaso la primera vez que los guerreros conducen fuera de su patria, a la par de los laureles las garantías sociales; y que los ciudadanos han encontrado en soldados extranjeros el apoyo de sus derechos y el escudo de la justicia, vosotros lo decidiréis, y juzgaréis también si ésta ha sido la conducta generosa del Libertador Bolívar, y si yo la he continuado del mismo modo cumpliendo sus preceptos al traspasarme su autoridad. Debo confesar que hemos gobernado un pueblo dócil y de una moderación ejemplar; amante de la libertad, él ha regado sus campos con la sangre de sus hijos para obtenerla, y amigo del orden, ha concurrido con todas sus fuerzas a consolidar las instituciones con que el gobierno le procura ambos bienes, a que él se ha hecho muy digno. Este es, legisladores, el pueblo cuya dirección se os confía; os la entrego en nombre del salvador de la América en la más profunda paz, sofocados los partidos y las pasiones que agitó la revolución, sin que una medida violenta, sin que el arresto de una sola persona haya sido necesario para conseguirlo. Vosotros haréis el complemento de su dicha.

Para daros cuenta de mi administración en el año transcurrido desde la reunión de la asamblea general, me bastará presentaros la colección oficial de las leyes, decretos y órdenes del gobierno, que someto a vuestra aprobación, o reforma; y aunque los secretarios os darán razón con informes detallados de los trabajos en los diferentes ramos de la administración, lo haré de aquellos negocios cuya importancia reclama vuestra preferente atención.

En virtud del decreto de la asamblea general de 3 de octubre, el gobierno, de acuerdo con la diputación permanente, nombró un enviado extraordinario cerca del jefe de la República Argentina, y otro al

gobierno del Perú, para activar y negociar el reconocimiento de Bolivia y expresar la gratitud de este país a ambos pueblos por los servicios que de ellos han recibido, y por su conducta noble y franca hacia estos pueblos en sus decretos de 23 de febrero y 9 de mayo. El primero no había sido presentado aún de modo oficial, pero él ha obtenido seguridades de que Bolivia será reconocida por el gobierno argentino al momento que lo sea por el Perú, y existe también en la república un ministro argentino que ha repetido y protestado iguales sentimientos. El congreso peruano, que se creyó instalado para el 10 de febrero, no lo estaba el 6 de abril, parece que por falta de suficiente número de diputados; pero el gobierno de aquel estado en todos sus actos oficiales ha manifestado de un modo explícito, no sólo un alto respeto a las libertades de Bolivia, sino que ha admitido en su verdadero carácter al enviado del Perú, y ha mostrado una satisfacción de que el nacimiento de esta república sea la obra del ejército libertador. La falta de esa fórmula me ha causado el profundo dolor de que llegase el momento señalado para vuestra reunión sin poder presentaros el formal reconocimiento por el Perú, como era mi más vehemente anhelo. Ha sido, por tanto, que ha tocado a vuestra representación y a vuestra autoridad resolver la instalación del congreso el día de hoy (a pesar de aquellos embarazos), tomando sobre vuestras propias fuerzas, sobre vuestra responsabilidad y sobre vuestros derechos esta declaración. Me lisonjeo, no obstante, que las diligencias del Libertador y del gobierno habrán a esta fecha conseguido este acto del Perú, por el cual puedo también aseguraros que aguardaba la república de Colombia, para no sólo reconocer la independencia de Bolivia sino estrechar las relaciones de amistad que deben ligar firmemente ambos países y que han de consolidar la unión eterna a que están llamados. Existiendo Bolivia entre los estados americanos y con sus representantes en el congreso de Panamá, pronto aparecerá en Europa con su carácter de nación independiente.

La administración de justicia en los departamentos de la república ha recibido un impulso poderoso por el establecimiento de tribunales y

juzgados; pero su perfección es la obra vuestra. La viciada legislación que rige los pueblos se hace sentir sobre los tribunales mismos, sin ser ellos culpables. Los códigos necesitan, sobre todo, reformas esenciales.

Persuadido de que un pueblo no puede ser libre, si la sociedad que lo compone no conoce sus deberes y sus derechos, he consagrado un cuidado especial a la educación pública. En medio de las escaseces y de las cargas de que me he visto rodeado, se han llevado al cabo casi totalmente las intenciones del Libertador en los establecimientos de enseñanza. La generación boliviana que ha de suceder a la que ha luchado por la independencia, será el mejor apoyo de la libertad de vuestra patria.

Los indígenas, esta parte originaria de nuestro pueblo, la más digna del goce de los beneficios de la independencia, oprimida todavía por la costumbre de humillarlos, han sido rescatados en gran parte de los ultrajes de que eran tratados; pero ellos no están aún en la dignidad de hombres. Toda la fuerza del gobierno para arrebatarlos de la injusticia y del crimen no ha bastado para volver a esta clase infortunada de su condición y abatimiento. Su abyección de tres siglos de esclavitud los ha sumergido en males de que sólo logrará sacarlos la protección del cuerpo legislativo, y la ejecución de las medidas y decretos del gobierno en su favor y en el de su educación.

El comercio y la industria han sido favorecidos con la rebaja de derechos; la agricultura lo ha sido también y merece leyes exclusivas dictadas para fomentarla. La minería, que es la fuente de la riqueza de esta república, ha recibido toda la protección a que han podido alcanzar las facultades del gobierno consultadas con nuestra situación: me prometo que la explotación de este año duplique la circulación del numerario al respecto de los años durante la revolución; y este aumento será, sin duda, progresivo, si la minería es luego exenta de toda pensión particular. Las escuelas de mineralogía, que el gobierno se propuso establecer, no están aun plantificadas por la falta de profesores, instrumentos y máquinas encargadas a Europa, y porque no ha transcurrido ni el tiempo preciso para su venida.

La hacienda pública, que un sabio americano ha llamado la sangre del cuerpo político, exige una atención cuidadosa del congreso constituyente. El gobierno, simplificando el sistema de rentas cuanto ha podido, le ha dado mejoras considerables; pero está muy lejos de lo que debe ser. Por la secretaría respectiva se os presentarán todos los documentos necesarios para informaros de las reformas que el gobierno cree más útiles y oportunas a aliviar al pueblo de las contribuciones sin perjuicio del erario nacional. Al examinar el presupuesto del gasto común anual, hallaréis que el gobierno, conciliando la economía más estricta, la asistencia regular de los servidores del estado y la fuerza armada que por ahora es necesaria, ha calculado en 2.000.000 de pesos el total de las erogaciones. Bajo el sistema colonial daban mucho más estas provincias; pero sufrían pechos y gravámenes que hacían gemir a los habitantes. Os será placentero saber que, a la vez que han desaparecido todas las pensiones que se exigían a los pueblos durante la guerra y de que es imposible una organización regular de hacienda en el estado de trastorno de un país que empieza, se han cubierto con las rentas comunes todos los gastos, sin embargo que el año pasado existió en este territorio un cuerpo de tropas de 10.000 hombres que fue fielmente pagado y regularmente vestido; de medio millón de pesos que franqueó el Perú para realizar la expedición que libertó estos departamentos, se ha reintegrado la mitad; y no se ha satisfecho totalmente, porque contando con la noble generosidad de aquel gobierno, he destinado a formar fondos en diferentes establecimientos públicos que carecían de ellos, algunos sobrantes, con que serán aumentados considerablemente los ingresos. El gobierno ha creído que verificando el establecimiento de la contribución directa en los moderados términos que está dictada, y llevando las aduanas a las fronteras, podrán quitarse las alcabalas y dejar absolutamente libre el tráfico interior. No calcula el gobierno de menos interés al bien del país, el que la lista civil, militar y eclesiástica sean pagadas por el erario nacional, y que todos los productos o rentas con que son asistidos actualmente algunos de aquellos, entre en la tesorería pública. Nada

es más justo que el que las contribuciones pesen igualmente entre los habitantes de Bolivia, en razón de sus facultades y de las garantías que gozan, y nada es tampoco más justo que la nación pague de un fondo común a todos sus servidores.

Juzgando que un ejército sin moral es más perjudicial que útil a una sociedad, he refundido los cuerpos militares que existan en planteles, que serán base dentro de un año para toda la fuerza armada necesaria a las guarniciones de la república en estado de paz. En tanto, los cuerpos auxiliares de Colombia, cuya permanencia solicitó la asamblea general por su decreto de 4 de octubre, han servido al país con el celo e interés de sus más predilectos hermanos. Aún el gobierno no sabe si el de Colombia consiente en dejar en Bolivia por algún tiempo los 2.000 hombres de sus tropas que se les han pedido. Será oportuno informaros que la gratificación de 1.000.000 de pesos decretada por la asamblea general al ejército vencedor en Junín y Ayacucho, no está satisfecha: el Libertador, que fue autorizado para obtenerlo de un empréstito, creyó que este medio era el último a que había de ocurrirse para llenar esta deuda; porque nunca es justo dejar a la posteridad obligaciones onerosas.

Debo concluir, señores, hablando al cuerpo nacional del acto más augusto de sus funciones: la de nombrar al jefe del gobierno. La ley de 11 de agosto concedió al Libertador el poder ejecutivo por todo el tiempo que resida dentro de los límites de la república; y aunque puedo aseguraros que él regresará a este país antes de dos meses, su ausencia actual y sus atenciones luego, demandan encargar del ejercicio del gobierno a otra persona. La asamblea general, honrándome con su confianza, en el decreto de 3 de octubre se dignó exigir mi permanencia en Bolivia, y solicitó para ello el accésit del gobierno de Colombia, "con el objeto de que el congreso constituyente me pueda confiar el supremo poder ejecutivo, según la voluntad de la asamblea y la general de los pueblos". En el corto tiempo de mi administración, yo he pesado mis fuerzas y mi capacidad para este delicado encargo, y haría traición a mis sentimientos si no declarase la insuficiencia que me

conozco para desempeñarlo. Ruego, pues, al congreso constituyente que me desembarace de la carga de gratitud que debería a los pueblos de Bolivia si me encargaran de su dirección, y que me ahorren del desagrado a que me reduciría la necesidad de rehusar aquel puesto si aún se insiste en que lo ocupe. Representantes: la elección del jefe de gobierno es el acto público más delicado y más patriótico que os ocurrirá en vuestras sesiones. Si la voluntad del pueblo y su reconocimiento a los servicios del Libertador lo condujeron a encargarle la suprema magistratura, que otro extranjero no merezca tal honor y confianza: el Libertador puede ser digno de ella, porque sus principios liberales, su moderación, su desprendimiento, están justificados por su conducta en una serie de años, que le han dado el derecho de ser considerado el genio superior de nuestro siglo. Cualquiera que fueren mis servicios a vuestra causa, yo seré siempre un extranjero, porque mi corazón y mi sangre pertenecen a Colombia. Yo os conjuro, en nombre de Bolivia, para que la elección de vuestro gobierno sea toda nacional: sea toda boliviana.

Representantes del pueblo: dejo en vuestras manos la suerte de vuestra patria: me ausentaré de vosotros, y en el seno de la mía, mis votos serán siempre por la prosperidad de Bolivia.

Legisladores: os habéis proclamado el congreso constituyente de la república: que la sabiduría descienda sobre vosotros y presida vuestros destinos.

Chuquisaca, 25 de mayo de 1826.

Antonio José de Sucre

- 1795: el 3 de febrero nace Sucre en Cumaná
- 1802: Muere su madre
- 1808: Asiste a la escuela de ingeniería militar de Tomás Mires en Caracas
- 1810: Subteniente
- 1811: Teniente. Comandante de ingenieros.
- 1812: Ayudante del Generalísimo Miranda.
- 1813: Teniente Coronel. Ayudante del general Mariño.
- 1815: Defensa de Cartagena
- 1816: Jefe del Estado Mayor del Ejército de Mariño.
- 1817: Coronel. Gobernador de Guayana y Comandante del Bajo Orinoco. Jefe del Estado Mayor de la División de la Provincia de Cumaná.
- 1819: General de Brigada
- 1820: Comisionado para ajustar el Tratado de Santa Ana de Trujillo
- 1821: Jefe del Ejército del Sur de Colombia. Batallas de Yaguachi y Huachi.
- 1822: Batalla de Pichincha. General de División. Intendente del Departamento de Quito.
- 1823: Plenipotenciario de Colombia ante el Perú. Jefe del Ejército Unido de Colombia y Perú.
- 1824: Muere su padre. Batalla de Ayacucho. Gran Mariscal de Ayacucho.
- 1825: General en Jefe. Encargado del Mando Supremo del Alto Perú.
- 1826: Presidente de Bolivia
- 1828: Entrega la Presidencia de Bolivia. Matrimonio con Mariana Carcelén
- 1829: Batalla de Tarqui
- 1830: Presidente del Congreso Admirable y Comisionado del Congreso para tratar con los Comisionados de Venezuela. 4 de junio: es asesinado en Berruecos.

- Academia Nacional de la Historia. *Desvelación del busto de bronce del Gran Mariscal de Ayacucho en Preux au Bois (Norte de Francia). Palabras de Jorge Sucre en el acto de inauguración y en la Jornada de Amistad Franco-Venezolana*. **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**. Tomo LXXXIII. No. 330. Abril - Mayo - Junio de 2000.
- Arcila Farías, Eduardo. **Historia de la ingeniería en Venezuela**. Dos tomos. Colegio de Ingenieros de Venezuela. Caracas, 1961.
- Aristeguieta Rojas, Francisco de Paula. **Grano de Arena: Alrededor del crimen de Berruecos**. Caracas, 1974.
- Arráiz, Antonio. **Vida Ejemplar del Gran Mariscal de Ayacucho**. Librería y Editorial Las Novedades. Caracas, 1948.
- Arráiz Lucca, Rafael. **Reivindicación de la política y otros ensayos republicanos**. Universidad Metropolitana. Caracas, 2005.
- Aveledo, Ramón Guillermo. **¿Qué es la política?** Editorial Panapo. Caracas, 2002.
- Bolívar, Simón. *Resumen sucinto de la vida del general Sucre*. Lima. 1825. (En **Documentos en honor del Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre**. Ediciones de la Presidencia de la Repùblica - Banco Provincial. Caracas, 1995).
_____. **Obras Completas**. Tres tomos. Ministerio de Educación Nacional de los Estados Unidos de Venezuela. Compilación y notas de Vicente Lecuna, con la colaboración de la señorita Esther Barret de Nagaris. Caracas, 1947.
- Carrera Damas, Germán. **Validación del Pasado**. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela. 1975.

- Castellanos, Rafael Ramón. **La dimensión internacional del Gran Mariscal de Ayacucho.** Ediciones GE. Caracas, 1998.
- Clausewitz, Karl von. **De la guerra.** Editorial Labor, S. A. Barcelona. España, 1984.
- Córdoba, Diego. **Vida del Mariscal Sucre.** Editorial América Nueva. México, D. F., 1959.
- Cova, Jesús Antonio. **Sucre, ciudadano de América.** C. A. Artes Gráficas. Caracas, 1943.
- Depons, Francisco. **Viaje a la Parte Oriental de Tierra Firme en la América Meridional.** Homenaje al Libertador en el bicentenario de su nacimiento. Editorial Arte. Caracas, 1983.
- Dietrich, Wolfram. **Antonio José de Sucre.** Reedición homenaje de la Presidencia de la Republica. Caracas, 1995.
- Graterol Tellería, Angel. **Sucre, de Teniente de Ingenieros a Gran Mariscal de Ayacucho.** Caracas, 1975.
- Grisanti, Angel. **Vida Ejemplar del Gran Mariscal de Ayacucho.** Ediciones del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura y Bellas Artes. Caracas, 1952.
- Humboldt, Alejandro de. **Del Orinoco al Amazonas.** Editorial Labor, S. A. Barcelona. España, 1982.
- Lara, Jorge Salvador. **El Gran Mariscal Antonio José de Sucre, Precursor del Derecho Internacional Humanitario.** Comisión Nacional del Bicentenario del Gran Mariscal Sucre. Caracas, 1996.

- Lofstrom, William Lee. **La Presidencia de Sucre en Bolivia.** Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. N° 91. Caracas, 1987.
- Lombardi, John V. **Venezuela: La búsqueda del orden. El sueño del progreso.** Editorial Crítica. Barcelona. España, 1985.
- López Contreras, Eleazar. **Sucre: Síntesis de su vida militar.** Editorial Cecilio Acosta. Caracas, 1944.
- Méndez Salcedo, Ildefonso. **Sucre, Antonio José de, asesinato de.** Diccionario de Historia de Venezuela. Fundación Polar. Caracas, 1997.
- Mudarra, Miguel Angel. **Cultura Sucrense.** Ediciones de la Presidencia de la república. Caracas, 1978.
_____. **Antonio José de Sucre.** Grijalbo, S. A. 1990.
- Oropesa, Juan. **Sucre.** Ediciones del Ministerio de Educación Nacional. Caracas, 1946.
- Pareja Diezcanseco, Alfredo. **Breve historia del Ecuador.** El libro menor N° 188. Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1922.
- Pease G.Y., Franklin. **Breve historia contemporánea del Perú.** Fondo de Cultura Económica. México, 1998.
- Pereyra, Carlos. **El General Sucre.** Editorial América. Madrid.
- Planchart, César A. **El asesinato de Sucre.** Imprenta del Congreso de la República, Caracas, 1977.
- Polanco Alcántara, Tomás. **Venezuela y sus personajes.** Ediciones GE. Caracas, 1998.

- Quintero, Inés. **Antonio José de Sucre: Biografía Política.** Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1998.
- Ramos Martínez, José Antonio y Carrocera, Cayetano de. **Memorias para la historia de Cumaná y Nueva Andalucía.** Dos tomos. Editorial Universitaria de Oriente. Cumaná, 1980.
- Rey de Castro, José María. **Recuerdos del Tiempo Heroico.** Comisión Nacional del Bicentenario del Gran Mariscal Sucre. Caracas, 1995.
- Romero Martínez, Vinicio y Romero, Carmen Mercedes. **Todos los días de Sucre.** Bicentenario de Antonio José de Sucre. Comisión Bicentenaria del Estado Sucre. Cumaná, 1995.
- Rumazo González, Alfonso. **Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho.** Editorial Mediterráneo. Madrid, 1976.
_____. **Sucre.** Ediciones de la Presidencia de la Republica. Caracas, 1980.
- Salcedo-Bastardo, José Luis. **Sucre, Antonio José de.** Diccionario de Historia de Venezuela. Fundación Polar. Caracas, 1997.
- Sanabria, Alberto. **Visiones de la ciudad primogénita.** Editorial Arte. Caracas, 1964.
_____. **Cumaneses ilustres.** Editorial Arte. Caracas, 1965.
- Sherwell, Guillermo Antonio. **Antonio José de Sucre.** Washington, 1924. Reedición como Homenaje del Ejército en el Sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho. Caracas, 1973.
- Silva Aristeguieta, Alberto. **Sucre.** Publicaciones de la Contraloría General de la Republica. Caracas, 1996.

_____. **Breve historia de América Latina.** Colección Ensayos Especiales. Universidad Metropolitana, 2001.

- Silva Guillén, Alberto. **El más grande de los cumaneses.** Discurso pronunciado en el Congreso Nacional, en el homenaje rendido al Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, en el 175º aniversario de su nacimiento. Cumaná, 3 de febrero de 1970.
- Soriano, Graciela. **Venezuela 1810 - 1830: Aspectos desatendidos de dos décadas.** Cuadernos Lagoven. Caracas, 1988.
- Stambouli, Andrés. **La política extraviada: Una historia de Medina a Chávez.** Fundación para la Cultura Urbana. Caracas, 2002.
- Sucre, Antonio José. **Archivo de Sucre.** Fundación Vicente Lecuna - Banco Central de Venezuela. Caracas, 1973 - 1987.
_____. **Cartas y otros escritos.** 1820-1830. Monte Ávila Editores. Caracas, 1980.
_____. **Dé mi propia mano.** Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1981.
- Uslar Pietri, Arturo. **Medio milenio de Venezuela.** Cuadernos Lagoven. Caracas, 1986.
- Varios autores. **Sucre a través de sus escritos.** Fundación Eugenio Mendoza. Caracas, 1974.
- Varios autores. **Documentos en honor del Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre.** Ediciones de la Presidencia de la República - Banco Provincial. Caracas, 1995.
- Villanueva, Laureano. **Vida del general Antonio José de Sucre.** Caracas, 1895. Reedición de la Presidencia de la República y el Banco Industrial de Venezuela. Caracas, 1995.

La familia	9
La infancia en Cumaná (1795-1808)	15
Los estudios de ingeniería militar en Caracas (1808-1810)	23
El oficial subalterno (1810-1817)	27
El lugarteniente de Bolívar (1817-1820)	35
Sucre en Guayaquil (1821)	43
La liberación de Quito (1822)	51
El intendente de Quito (1822-1823)	57
La confusión en el Perú (1823)	63
La campaña del sur del Perú (1824)	71
La creación de Bolivia (1825-1826)	79
El Presidente de Bolivia (1826-1828)	89
El breve reposo del guerrero (1828-1829)	99
La disolución de la Gran Colombia (1830)	103
El asesinato	107
Epílogo	113

Apéndice documental

119

Cronología

127

Bibliografía esencial

129

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta

Próximos

- Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
Cecilio Acosta / Rafael Cartay
Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
Francisco de Miranda / Inés Quintero
José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino

En imprenta

- Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de octubre de 2005, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Antonio José de Sucre

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Alberto Silva Aristeguieta

El primer biógrafo de Sucre fue Simón Bolívar. Basta esa circunstancia para imaginar la admiración que éste sentía por uno de los generales más civilizados que con él combatieron; admiración por el hombre y sus cualidades, pero también tributo al más leal de los amigos. Si puede decirse que Sucre fue uno de los conductores más cultos, también fue de los muy pocos que la historia reconoce sin reticencias. Así queda registrado en esta biografía de Alberto Silva Aristeguieta que, con visión contemporánea, aprecia los hechos en que se destacó con precocidad.

Nacido en Cumaná en 1795, cursó ingeniería militar en Caracas; cuando estallan los sucesos del 19 de abril, Sucre tiene apenas 15 años, lo cual no obsta para que desde entonces dé inicio a una lucha que sólo terminará con su muerte. Sirvió primero con Miranda, luego con Mariño, finalmente, y para siempre, al lado de Bolívar. Atravesó los años terribles de la guerra a muerte, y los desastres de 1814. Cuando tenía 25 años, negoció el tratado de la regularización de la guerra con Pablo Morillo.

Aunque guerrero afortunado, sus grandes cualidades brillaron como hombre de Estado. A los 31 años fue el primer presidente de Bolivia. Su obra de constructor, analizada a fondo en esta biografía, fue ejemplar. A pesar de su decepción de la política, y de su pesimismo sobre el futuro de la Gran Colombia, luchó contra viento y marea. Fue presidente del Congreso Admirable, quiso venir a conversar con Páez, pero este le negó el ingreso a Venezuela. Para mayor ironía, quien así se lo hizo saber fue uno de sus primeros jefes, Santiago Mariño. Su asesinato en 1830 anunció el derrumbe de la Gran Colombia. Silva Aristeguieta descifra los laberintos de ese drama.



Simón Alberto Consalvi

EL NACIONAL



BANCO DEL CARIBE